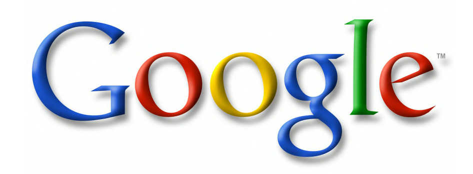
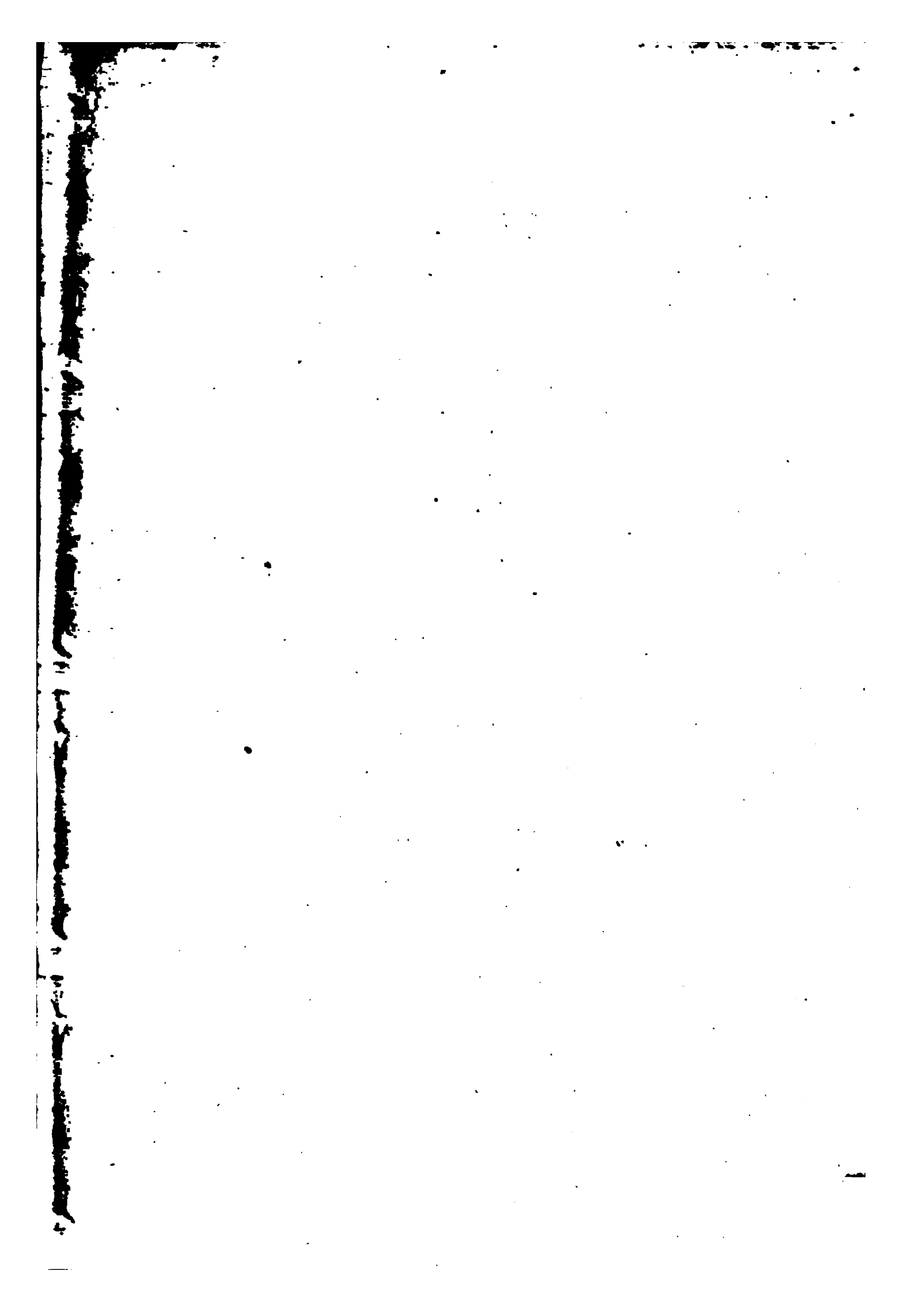
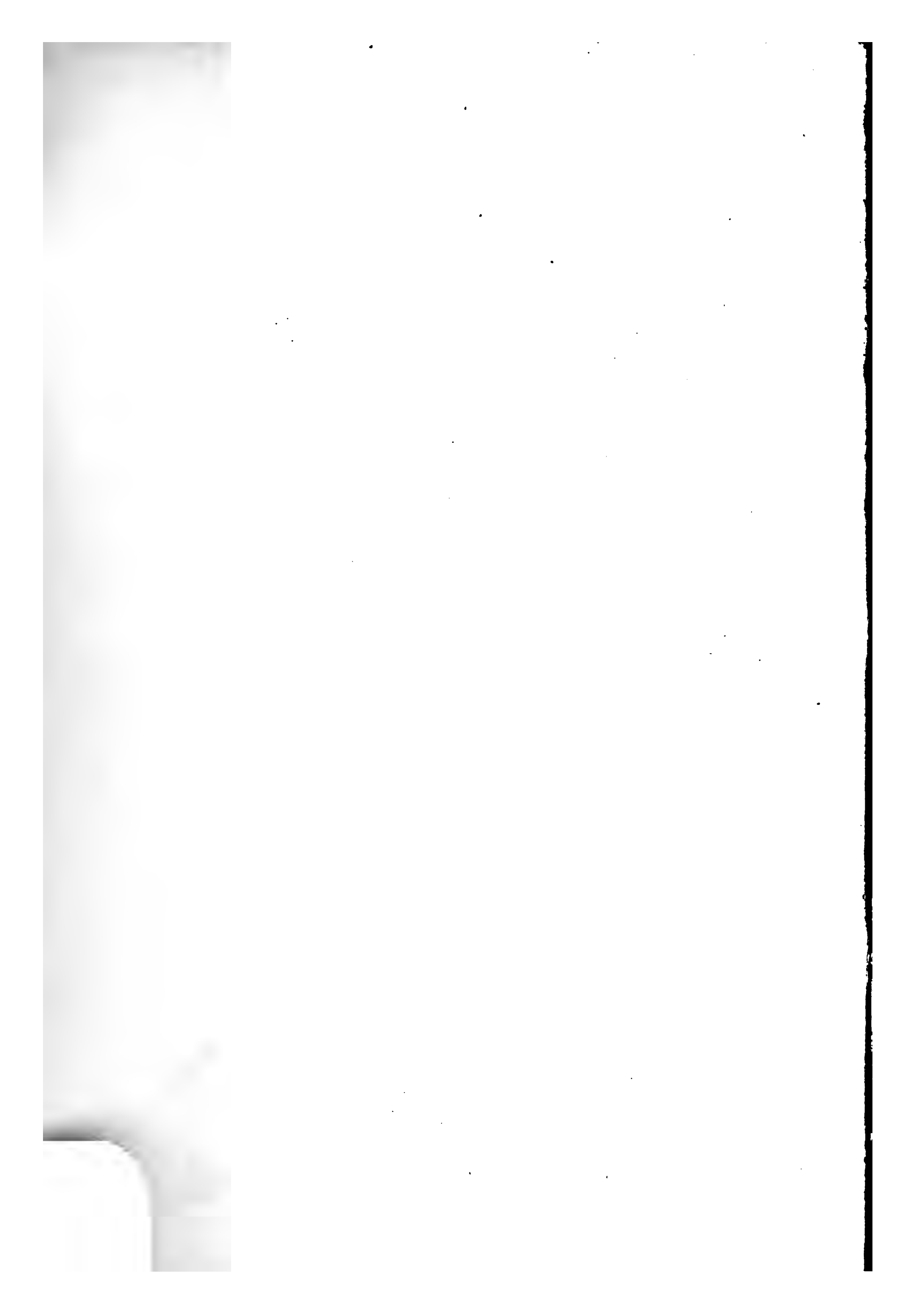






ACADEMIAE HARVARDIANAE IN NOV. ANG.
SIGILLUM
VE RI TAS





OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO XXVII

LOS CURAS EN CAMISA

MADRID
LIBRERÍA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTÍNEZ
Cortes, 5.—Teléfono 791.
1906



Los curas en camisa.

OBRAS COMPLETAS DE EUSEBIO BLASCO

TOMOS PUBLICADOS

I.—*Primeros y últimos versos*, con artículos necrológicos de nuestros mejores escritores. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

II.—*Una señora comprometida* (Novela). *Del amor y y otros excesos* (Artículos festivos). *Don Juan, el del ojo pito* (Novela inédita sin terminar, con un prólogo de Luis Taboada). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

III.—*Busilis* (Novela). *La ciencia y el corazón. Milord.* (Narraciones). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IV.—*Memorias íntimas.* Con un prólogo de Julio Burell y una posfación del Doctor Nicasio Mariscal. (Segunda edición). 3,50 pesetas Madrid, 4 provincias.

V.—*Impresiones de viaje —La carta verde. La doncella práctica.* (Narraciones). (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VI.—*Mi viaje á Egipto. Mi viaje á Alemania —El domingo de carnaval. Tres señoritas sensibles* (Narraciones). (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VII—*La señora del* 13. (Novela).—*Cuentos alegres.* (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

VIII.—*Notas íntimas de Madrid y París.* (Segunda edición) 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

IX.—*La miseria en un tomo.* (Artículos y crónicas). *Cuentos y sucedidos* con un prólogo de Mariano de Cávia. (Segunda edición). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

X.—*Arpejios.* (Poesías, con un prólogo de Jacinto Octavio Picón). *Noches en vela* (Poesías). *Teruel* (Recuerdos de viaje). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XI.—*Malas costumbres.* — (Apuntes de mi tiempo), 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XII.—*Flaquezas humanas.* (Escenas de la vida madrileña). *Ellos y ellas.* (Chistes y anécdotas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

XIII.—*Mis contemporáneos*. (Semblanzas varias. Primera serie). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.
XIV.—*Esto, lo otro y lo de más allá* (Apuntes, con un prólogo de Francisco Navarro y Ledesma). 3 pesetas Madrid, 3.50 provincias.
XV.—*Poesías festivas.—Chistes y anécdotas*. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias
XVI.—*Páginas íntimas*. (Crónicas—primera serie—con un prólogo de Antonio Zozaya). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.
XVII.—*Los de mi tiempo*. (Semblanzas—segunda serie—con un prólogo de José Juan Cadenas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.
XVIII.—*Todo en broma* (Crónicas — segunda serie — con un prólogo de José Nogales). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.
XIX.—*Cosas de Francia*. (El modernismo en Francia.—París íntimo.—París por dentro. (Prólogo de Antonio Cortón). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.
XX.—*Teatro* (primera serie). — *Alta chulería* (Comedia inédita en dos actos en prosa).—*No la hagas y no la temas* (Proverbio en dos actos en prosa).—*¡Duerme!* (Monólogo en verso).—3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.
XXI.—*Escenas y tipos de Madrid* (Crónicas — tercera serie—con un prólogo de Angel María Castell). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.
XXII.—*Españoles y franceses*. (Semblanzas—tercera serie—con un prólogo de Manuel Bueno). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.
XXIII.—*Cuentos nuevos*. (Serie A.)—*Cosas raras*. (Crónicas). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincías.
XXIV.—*Soledades*. (Poesías, con un prólogo de Juan Valera). 3 pesetas Madrid. 3,50 provincias.
XXV.—*Olores patrios* (Crónicas— cuarta serie— con un prólogo del autor).— *Versos nuevos é inéditos*, con un prólogo de Salvador Rueda. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.
XXVI.—*Perfiles femeninos*. (Semblanzas—cuarta serie).—*Recuerdos de París*, (Crónicas—quinta serie). Prólogo de Julio Burell. 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.
XXVII.—*Los curas en camisa*. (Artículos cómicos). 3 pesetas Madrid, 3,50 provincias.

Imprenta y Encuadernación de José Rueda.—Huertas, 58.

OBRAS COMPLETAS

DE

Eusebio Blasco

TOMO XXVII

LOS CURAS EN CAMISA

MADRID
LIBRERIA EDITORIAL DE LEOPOLDO MARTINEZ
Correo, 4.—Teléfono 791.
1906



DEDICATORIA

AL REVERENDO

ARZOBISPO DE TRAJANÓPOLIS

Permitid, gran señor, que á riesgo de que se ofenda el respetable público, ponga vuestro nombre en la primera página de este libro. Creo que debéis estar en puerta, y os coloco á la entrada de esta obra, para que nadie pase sin permiso del portero. Así podrán leerle las beatas, y tal vez con esto consigamos distraerlas de aquellas *ocupaciones* de que vos habláis en vuestra *Llave de Oro*, libro en el cual han sido inspirados estos renglones. Así podrán leerle vuestros bravos presbíteros, honra y prez de la sacristía española. Así podrán hojearle las castas doncellas á cuyo desarrollo tanto habéis contribuído con vuestras obras.

Quisiera yo que cada capítulo de esta obra, fuese como la alfalfa espiritual que pudieran merendar esos borregos de Cristo que váis guiando por el camino de Santiago (y Hoppe).

Quisiera también que lo recomendárais á los

maestros para que sirviera de texto en las escuelas de instrucción primaria, como aquel libro del barón de Andilla, que dice entre otras cosas:

Niño, en la iglesia tu cabeza tapa;
San Lino lo ordenó, segundo Papa.

Siempre es conveniente infiltrar en el ánimo de los fieles un libro festivo, ó una zarzuela de Camprodón cual la que vos sabéis y yo no ignoro.

Vos, señor, que con el peso de los ayunos y cilicios habéis enflaquecido lamentablemente; vos que debéis comprender los trabajos y desazones que ocasiona escribir un libro verde, para que se lo coman críticos mal intencionados; vos, que habéis sido víctima inocente de fotógrafos y gacetilleros, debéis adivinar cuántas vigilias y aun días de carne me habrá ocasionado esta obra que pongo bajo la jurisdicción de vuestro talento pirotécnico.

Así, pues, permitid que os la dedique, y que para dar á mi dedicatoria un giro enteramente español, os brinde esta colección de presbíteros incandescentes con una fórmula *sui generis*.

«*¡Por vuecencia ilustrísima, por el papá de vuestra ilustrísima, por la* LLAVE DE ORO, *por el P. Maldonado, por los hombres de bien, y por toda la gente que se viste por la cabeza!*»

OBSERVACIONES GENERALES

I

HABRÁ como tres años tuve ocasión de conocer á un señor cura, que había sido fraile, y que, además de otros excesos no menos censurables, había cometido el de huir el bulto cuando la degollina.

Mi hombre había nacido el día 4 de Diciembre de no sé qué año, y siempre que escribiá algo, firmaba: «Silvestre de *Santa Bárbara,*» y en seguida el apellido. Es decir, que D. Silvestre no se llamaba bárbaro porque no le daba la gana. Verdad es que nunca necesitó firmar de aquel modo para que todos le conocieran.

No me detendré en describir sus cualidades personales, que darían materia para un libro más espantable que cualquiera de los de Fernández y González; para muestra, baste un botón; baste decir que D. Silvestre se abanicaba con una sartén, y comía el arroz con tenacillas.

Desde el momento en que le conocí, pensé estudiar la familia por el tipo, ó mejor dicho, comprender á toda la respetable clase, procurando comprender á aquel hombre.

Pero pronto me convencí de que á través de una sotana es imposible ver lo que puede verse á través de un gabán ó de un chaleco.

No hay que dudarlo; un cura no es un hombre. No es más que un cura.

Oigan ustedes cómo pensaba D. Silvestre.

II

En mi afán de buscarle en todos los terrenos, para ver si le encontraba en alguno, le hablé un día del prolectarismo y de la mendicidad.

—Respecto á eso, me dijo mi amigo, yo no tengo más que una opinión, un axioma que no debe usted olvidar nunca; una receta que siempre me dió excelentes resultados.

—Veamos, le dije; soy todo oidos.

—«¡Con los pobres, poca conversación y paso largo!»

No pude menos de observar que si el *axioma* de D. Silvestre no era muy católico en lo concerniente á caridad bien entendida, cuando menos tenía las ventajas de la economía, y váyase lo uno por lo otro.

Otra vez le dirigí la siguiente pregunta:

—¿A qué hora cree usted que se debe de comer?

—Siempre que uno tiene ganas, me dijo.

Y luego, como rectificando, añadió:

—O mejor dicho: ¡siempre!

Como se ve, D. Silvestre era un grande hombre.

Al principiar estos renglones he olvidado decir que conocí á D. Silvestre en un pueblo de Aragón, de que mi amigo era párroco.

—¿Qué tal? le pregunté una tarde que le ví retirarse á su casa algo mohino.

—Mal, hombre, muy mal, me respondió limpiándose el sudor con la mano; en este pueblo no se muere nadie, ni hay una boda, ni nada. ¡Hay que renegar del oficio!

Hasta entonces ignoraba yo que fuera un oficio el sacerdocio.

Por último, vaya un sublime rasgo de mi amigo, que es capaz de rasgar el velo del porvenir, para que veamos lo que nos espera.

Fué una pobre mujer á casa del cura susodicho, y con las lágrimas en los ojos, le dijo:

—¡Ay, Sr. D. Silvestre de mi corazón! Ya recordará usted que mi esposo murió tal día como hoy, el año pasado.

—Sí, hija mía, sí, lo recuerdo perfectamente.

—Pues bien, yo quisiera que dijera usted una misa en sufragio de su alma.

—No hay inconveniente, mujer, no hay inconveniente.

—Pero es el caso... dijo la pobre mujer dándole vueltas á un pico del delantal, que yo no puedo gastar mucho dinero...

—¡Bah! dijo D. Silvestre; ya sabes que yo nunca llevo más de una peseta por ese sufragio.

—¡Quiá! D. Silvestre; si á mi prima la Pepa le dijo usted dos misas hace pocos días por menos de eso.

—¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! exclamó D. Silvestre moviéndose en su poltrona... ¡ya me acuerdo! ¡misitas de poco más ó menos, á mitad de precio!

. . . .

III

No hablemos más de aquel caballero particular. He dicho de él lo que queda escrito para llegar á la conclusión siguiente:

En el pueblo, entre sus amigos, en la provincia, y aun en la prensa neo-católica, D. Silvestre está considerado como un sacerdote de reconocida ilustración, de grandes virtudes, y de cariñoso trato para con sus feligreses.

Por el hilo se saca el ovillo. En España hay dos ó tres mil individuos como mi amigo, que han debido nacer el día 4 de Diciembre.

Ahora bien, si en un país católico hay representantes tales del catolicismo, y el país (aunque no en gran parte) los admira como sabios y como *buenos sujetos*, el escritor que no tenga supersticiones está autorizado para emborronar páginas con las manchas de la sotana española. Adelante, pues, y caiga el que caiga.



EL CURA DE ALDEA

PERDÓNEME mi querido amigo Enrique Pérez Escrich si le usurpo un título que le pertenece; pero necesito hablar del cura de aldea.

Los poetas lo divinizan todo; lo idealizan todo, y saben sacar agua de las piedras, como cierto santo.

Poetas hay que son capaces de hacer una oda á las patatas, y un soneto al arroz con leche, probando que ambos alimentos son dos perlas de la corona de la Providencia.

No aludo á nadie; pero hay muchos poetas que emplean mal su talento; si es que talento se necesita para ser poeta.

A la mayor parte de esos apreciables jóvenes se les puede decir después de oirles, aquello de

> ¡Lástima grande
> que no sea verdad tanta belleza!

Lo único que se les puede conceder es que cuando encomian á tal ó cual cosa, se refieren á la excepción y no á la regla. Que en punto á reglas, las hay fatales, como la de San Francisco, que por fortuna ya no existe.

Enrique Escrich, por ejemplo, ha tomado por tipo de una de sus más bellas obras, el cura de aldea, y ha presentado en la escena de un teatro y en las páginas de un libro, á un santo varón, apóstol de la caridad bien entendida, y simpático á todos los corazones cristianos.

Pero el personaje de Enrique Escrich es hoy tan raro como un ministerio duradero, ó como un cigarro del estanco que no atente á la vida de los consumidores.

¡El cura de aldea! ¿Quiéren ustedes conocerle? Vengan conmigo á una aldea cualquiera, y verán lo que allí sucede.

En una casita de las mejores del pueblo, situada cerca de la iglesia, y dispuesta de modo que sea en invierno templada, y fresca en el verano, tiene su nido el santo apóstol de la religión cristiana.

¡Qué respetable caballero! Pasa la mitad del día en la cama, para mayor honra del culto. Está suscrito á *La Regeneración* para dar gusto á Dios, y al Padre Sánchez, que fué su amigo y compañero cuando ambos estudiaban latin y jugaban á la treinta y una. Fuma de lo caro (de á tres cuartos) para matar el tiempo y distraer-

se, y en todo esto emplea casi toda la mañana. Por la tarde, y después de haber comido con la sobriedad que le impone su estado (sopa, cocido, dos principios y cuatro postres, botellita de peleón y tortas que le hace el ama), se pone el manteo y la teja, y sale á dar un paseito por el campo.

Las mujeres y los niños que le encuentran, le saludan con respeto y le besan la mano. Esto siempre es una molestia, pero ¡vaya todo por Dios! así como así el dar la mano á besar no cuesta dinero.

Vuelve á su casa, y allí le esperan dos ó tres amigos, con los cuales habla de su infancia, de la cosecha, del tiempo *y de otras cosas*. Les lee el periódico, porque siempre es bueno hacer propaganda, y en seguida se pone á jugar al tute, también para mayor honra del culto.

La noche avanza; suenan las nueve en la torre de la iglesia, y es hora de recogerse. Los amigos se retiran, y el cura queda sólo.

¿*Sólo* he dicho? Dios me perdone la equivocación. Un cura no vive nunca sólo.

Tiene una ama.

Este es un renglón que ha de merecer más adelante capítulo aparte: el ama del cura.

Por ahora me limitaré á decir lo necesario, dejando lo principal para cuando llegue el caso.

—¡Nicolasa! dice el cura limpiándose las narices con un pañuelo de yerbas; ven acá, hija mía, vamos á rezar el rosario.

Y Nicolasa, que por cierto es bastante aceptable en cuanto al físico, viene con media docena de calabazas en el delantal y un cuchillo en la mano.

Aunque el cura no ha estudiado inglés, sabe que el tiempo es oro, y por lo tanto Dios no se ofenderá de que el ama del cura monde las calabazas al mismo tiempo que reza Ave-Marías en tono de *la* menor, y á los pies del señor cura.

Así, pues, es preciso comenzar el rosario con la debida devoción y el recato debido.

El señor cura tiene en la mano derecha el rosario, y en los dedos índice y pulgar un polvito de rapé, que es muy bueno para despejar la cabeza.

—«Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo...»

Un polvito.

El ama responde:

—«El pan nuestro de cada día dánosle hoy y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores, y que no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal, amén.»

Otro polvito.

—Nicolasa, dice el señor cura interrumpiendo la oración, ¿le has dado de comer á la perra?

—Sí, señor; ¡pues ya lo creo!

—»El Señor es contigo...

—»Santa María madre de Dios... ¡Qué duras están estas calabazas!

—¡Si las compraras donde yo te digo, no tendrías que quejarte! ¡Ninguna noche las puedo comer! ¡El tío Tripatriste las vende muy buenas! Gloria Patri et Filio et Spiritu Santo.

—*Secula seculorum, amén.* ¡Ea, señor, ya se puede hacer la cena!

—Aguarda un poco.

Entre la gente que reza el rosario existe la costumbre de añadir á la letanía medio kilómetro de Padre nuestros y Ave-Marías, solicitando de la Providencia algo que el rezador desea. Por eso nuestro cura, así que termina el rosario, dice:

—Para que Dios ayude á nuestro padre Pío Nono en sus tribulaciones: ¡Padre nuestro y Ave-María!

Y Nicolasa reza y monda calabazas.

Para que Dios ayude á la buena causa de los verdaderos creyentes, Padre nuestro y Ave-María.

Y Nicolasa monda y reza.

Para que Dios envíe un cólico cerrado á los redactores de *La Iberia* y demás periódicos liberales, Padre nuestro y Ave-María.

Y Nicolasa reza metiéndose los dedos por las narices, para que *La Regeneración* aumente las suscripciones en lo posible.

Y vuelta á rezar por parte de Nicolasa.

Por fin, termina el santo rosario. El ama se dirige á la cocina para preparar la frugal cena, y el señor cura se pone á limpiar la escopeta.

El señor cura es cazador, en el plato y en el monte: tiene esta pequeña distracción y acostumbra á salir al campo siempre que el tiempo lo permite.

Da gusto verle con el solideo tirado hacia atrás, los puños de la sotana arremangados, el saca-trapos en la mano, haciendo mete y saca en la cañón de la escopeta.

Nicolasa entra con los manteles y la indispensable botella. Pone la mesa que da gusto verla, y sirve á su amo una cena de las más parcas. Calabazas fritas, chuletas de ternera, solomillo asado, y una tortilla de jamón que sabe hacer Nicolasa muy bien, especialmente cuando el señor cura sale de caza.

Concluída la cena, el señor cura se quita la máscara...

Los cajistas son el mismo demonio; acaban de cometer una errata de grande trascendencia.

Donde dice: se quita la máscara, léase se quita la sotana.

Se quita la sotana y demás adherentes, y se acuesta rumiando algunas oraciones.

—

Esta es su vida, ni más, ni menos.

De cuando en cuando sale á cazar, saluda á

las jóvenes que encuentra por el campo, mata dos pájaros de un tiro, y se vuelve á casa. Cuando llega el día de la fiesta mayor del pueblo, el señor cura encarga al sacristán que tenga la iglesia limpia, que mude el agua bendita, y que esté cerca del púlpito para que le avise cómo oyen el sermón los feligreses.

Y en esto del sermón hay mucho que decir; pero yo diré muy poco, por consideración á la religión cristiana, que es muy grande cosa para que se vea rebajada si yo refiero los malos tratamientos que suelen darle los que se llaman sus intérpretes.

Unicamente referiré un hecho histórico para dar fin á este capítulo.

Predicaba en un pueblecillo un cura de esos que tanto abundan, y refería los trabajos que pesaban sobre Cristo cuando caminaba hacia el Calvario.

El sacristán, colocado convenientemente, le decía por lo bajo:

—¡Señor, que las mujeres lloran como Magdalenas!

Pero el bueno del cura no se curaba del llanto de las mujeres, y seguía contando la Pasión del modo más grotesco y en el lenguaje más deplorable.

—¡Señor, volvió á decirle el sacristán, que también lloran los brutos de los hombres!

Entonces el predicador cortó el hilo de su

discurso, hizo una pausa, miró con aire de taco al auditorio, y exclamó muy incomodado:

—¡No lloréis, grandísimos zopencos, que la cosa no lleva malicia!

Con lo cual los feligreses entraron en el camino de la reacción y se tranquilizaron.

—

Tal es, en general, el cura de aldea.

Téngase muy presente que en este libro no se ataca á la excepción, sino á la regla.

No hay que hacer suposiciones ofensivas. En el clero, como en el teatro, hay actores buenos y malos; y al lado de Catalina está Romea, como al lado de un cura modelo, puede estar un cura periodista.

En *Los curas en camisa* encontrará el curioso algunos trozos escritos *en serio*, como dicen los modernos hablistas; y en esos trozos puede verse que así como creo que los curas españoles, en general, son dignos del laud de Estrada ó del pincel de una modista, creo también que existen venerables sacerdotes ante cuyas virtudes no puedo menos de bajar humilde la cabeza.

O de otro modo:

Este libro es como una conversación que el autor mantuviera (y es lo único que puede mantener) con cualquiera de sus lectores, y en la cual incluyese estas frases:—La religión es una gran cosa; el clero es muy respetable; y á pro-

pósito, ¿han visto ustedes qué artículo ha escrito el padre Sánchez contra la dinastía?

O estas otras:

¡Qué buen día para almorzar en el campo! ¡Hombre! y ahora que hablamos de almuerzo, ¿saben ustedes que un cura de *** se ha comido tres mil duros en calderilla?

Es decir, que sin dudar de Dios, sin injuriar á los verdaderos ministros de Dios, sin decir heregías y sin dar escándalo, se pueden referir hechos, historias y sucedidos, se pueden hacer comentarios y se puede hablar clarito, muy claro, para que á ciertos energúmenos sensibles del catolicismo se les caiga la camisa de vergüenza.

Tal ės el objeto que me he propuesto al escribir este libro.

LOS CURAS PERIODISTAS

I

Dice muy bien un amigo mío, cuando asegura que lo más notable de los españoles es la afición que cada uno tiene á dedicarse á una profesión distinta de la suya.

Por ejemplo: los militares escriben comedias; los literatos son gobernadores de provincia; los médicos quieren ser novelistas; los novelistas quieren ser diputados; los abogados pintan países; los actores pretenden ser autores, y los autores actores; y los autores y los actores, empresarios. Quién hay que siendo un honrado artesano, se dedica á ser cazador de gorriones; y quién que siendo un acreditado procurador, se atreve á ponerle dos banderillas á un toro. Quién, que deja la carrera eclesiástica para sentar plaza de soldado, y quién que pide la licencia absoluta para poder estudiar cánones. En

España todo el mundo entiende de obras literarias y de obras públicas; todo el mundo sabe ser á un tiempo pescador y arquitecto, espadachín y lotero, cirujano y autor dramático, fosforero y folletinista, juez y criminal, soltero y casado, moralista y tramposo, liberal y prestamista, filósofo y aguador, músico y danzante.

Acérquense ustedes á una mesa del café Suizo y oirán á un hombre que está hablando de la última comedia que se ha estrenado en el teatro del Príncipe. Lo mejor que dice es que la comedia está escrita con los pies, y después añade que la obra es un plagio de Scribe, lo cual viene á probar que Scribe era un escritor sin pies ni cabeza. «¡La obra es muy mala, señores! exclama. ¡Muy mala, malísima! ¡No tiene condiciones! ¡Aquel padre es tonto de la cabeza! ¡Figúrense ustedes que se llama D. Antonino! ¿Qué versos buenos puede decir un señor que se llama D. Antonino? Luego, aquel tipo de la doncella no está más que indicado! ¡A esa doncella le falta algo! Pues, ¿y el primito, que entra diciendo que viene de Vinaróz, y que allí se ha dejado el alma? ¡Si será bruto el autor! ¿Cómo ha de dejarse el alma en Vinaróz ningún primo? Señores, lo digo y lo repito, ¡es una comedia feroz, insufrible! Yo estoy enfermo desde que la he visto, tengo intermitentes.»

Cualquiera que oiga á aquel crítico tan lógico y tan elocuente, y le vea llevar la palabra

como si llevara un borrico á la feria, dirá que tal Zoilo es un consumado autor dramático ó cosa por el estilo. Pues no señor; no hay tal cosa; es un vinatero de la calle de las Tabernillas, que en su vida ha hecho otra cosa más que teñir el agua de vino.

¿Qué estrañeza puede causarnos que en un país donde son críticos los vinateros, y artistas los picadores, haya presbíteros que escriban sueltos y gacetillas?

II

Los hay, por desgracia.

Los hay tales que no pueden hacer el sacrificio de sus pasiones políticas en los altares del deber y de la dignidad de su clase.

Los hay que vierten á torrentes elocuencia biliosa y palabras que suenan mal en los oidos de los hombres honrados.

III

Hé aquí la lógica de los curas.

Ellos dicen: los escritores revolucionarios están en pecado mortal; los escritores revolucionarios son unos mónstruos, unos infames, unos miserables; son unos bandidos, una turba desenfrenada, una gavilla de gentes sin Dios ni patria, ni ley, que sólo piensan en hacer daño

al orden, á la moral, á la monarquía y á la religión católica.

Para llegar á merecer tan dulces calificativos, los escritores revolucionarios no han hecho más que coger una pluma, llenar con ella de palabras unas cuantas cuartillas, y darlas á la imprenta para que el país vea claro. Por esto son infames, bandidos, turba y otras frioleras.

IV

Ahora bien: ¿quiere saber el curioso léctor lo que sucede en España?

Suscríbase á *La Iberia* y á *La Regeneración,* y observe:

Que en las columnas de *La Iberia* aparecen artículos, sueltos y gacetillas, en los que se ataca más ó menos directamente al trono y á la monarquía.

Que en las columnas de *La Regeneración* aparecen gacetillas, sueltos y artículos, en los que se ataca directamente á la reina de las Españas. *La Regeneración* la dirige un cura. ¿Hay, pues, alguna diferencia entre lo que hacen *ellos* y entre lo que hacemos nosotros?

¡Oh! sí; hay una diferencia muy notable.

Nosotros no podemos subir á un púlpito, coger un Cristo en la mano y decir á los católicos: Los artículos de *La Regeneración* son de-

moledores: ¡no leáis los artículos de *La Regeneración*, porque si los leéis, *morir moriréis!*

Ellos en cambio suben al púlpito, y dicen: ¡Los escritores liberales están condenados, sus artículos también están condenados; y vosotros que los leéis, también estáis condenados!

Y como en esta nuestra patria el que más grita es el que tiene más razón; como las palabras que dice un cura tienen más crédito á los ojos del vulgo que las que dice un periodista; como nosotros tenemos que limitarnos á contestar á los ataques de los curas en las columnas de un periódico, mientras que ellos pueden contestar á los nuestros en todas partes, y sobre todo en la iglesia, la influencia de la sotana llega á lo sublime.

V

Hay todavia más. Los curas no se contentan con acriminar á los periodistas, sino que son periodistas á pesar de ser curas.

¡Un cura escribiendo artículos! Eso es lo épico de lo inconcebible.

Hasta hace algún tiempo, los sacerdotes (no todos) solamente se ocupaban de los artículos de la fe. Ahora, la mala fe es la que les inspira todos los días artículos furibundos.

Pensar que un cura sólo debe ocuparse en

llenar dignamente los deberes que le impone su estado, es pensar un disparate.

Hablemos del cura periodista.

VI

A primera vista se comprenderá que un cura periodista no puede emplear muchas horas en rezar, leer los sagrados libros, y hacer obras de caridad para las cuales se necesita mucho tiempo.

El cura periodista se levanta temprano, y así como los demás sacerdotes van antes que á otra parte á la iglesia, ó al convento, ó al confesionario, ó al hospital, él se va á la redacción, donde ya le esperan los redactores.

Los redactores suelen ser, ó curas como él, ó seres que parecen monaguillos. Gentes descuidadas, con esa elegancia propia de todos los *señoritos*, que llevan siempre las barbas á medio afeitar, de modo que parezcan yerbas de cementerio, y mal cuidadas, como olivar de capellanía. Personas que saben de todo un poco, y que lo mismo dedican un suelto al inventor de unos calcetines de nuevo sistema (y que es neo-católico suscriptor al periódico) como *confeccionan* un artículo de fondo probando que la civilización es contraria á la digestión de las patatas manchegas. Críticos consumados que elogian

todas las comedias en que hay plegarias, invocaciones, consonantes en *ós* y en *elo*, y censuran de un modo terrible las obras dramáticas que son un poco verdes. Sobre todo, en las *verdes* se ceban que es un portento.

El director entra con aire resuelto, y dice quitándose la teja:

—¿Han traído las butacas del teatro del Circo?

—Sí, señor, responde un redactor limpiándose las uñas.

—Vengan; que las tengo prometidas á unas amiguitas mías.

Recoge los cartoncitos y pregunta:

—¿Qué dicen los periódicos?

—Nada de particular; la política está muerta.

—No está tan muerta, no; ya verá usted la que se arma.

—*La Democracia* trae un artículo defendiendo la libertad de cultos.

—¡Qué barbaridad! Hay que responder á eso, hombre.

—Responderemos.

—Bueno, dice el director dando un paseito por el cuarto, y dirigiéndose sucesivamente á cada uno de sus redactores. Usted hará unos sueltecitos contra el gobierno; usted hará un artículo llenando de insultos á todos los liberales y diciendo que conspiran, porque si no, van á decir que somos nosotros los que conspira-

mos, y podrían descubrirnos; usted arreglará esas listas de los suscriptores á la *letanía lauretana,* y usted me traducirá esa carta de París, en la cual se asegura que Antonelli está con sabañones y probablemente habrá que abrir una suscripción á ver si se los curamos entre todos. Ea, señores, divertirse; hasta luego.

VII

¿Dónde irá ahora el director del periódico católico? preguntará el lector sin duda.

Va á decir misa. Después de haber dejado arregladito el número hay que cumplir con los deberes del sacerdocio. Por eso madrugó, porque antes es la obligación que la devoción, y al público hay que tenerle contento.

Yo no sé cómo los curas periodistas pueden tener sana la cabeza, porque entre el periódico y la iglesia deben ocuparles la imaginación de tal modo, que es imposible tengan momento de reposo.

Temiendo estoy que un día al salir de la sacristía el sacerdote gacetillero se equivoque, y en lugar de decir *Introibo ad altare Dei,* diga: «Los señores suscriptores cuyo abono concluye en fin de este mes, se servirán renovarle oportunamente para no experimentar retraso en el recibo del periódico.»

VIII

Dicha la misa, el director del periódico vuelve á la redacción y lee los periódicos. Se enfurece cuando encuentra una frase contraria á sus ideas, lo cual probará á ustedes que se enfurece muchas veces. De cuando en cuando coge la pluma y escribe un suelto eminentemente católico, pero lleno de diatribas, como si la cosa lo mereciera.

Si alguna vez viene un periodista ó un particular á pedir satisfacción de una ofensa recibida, el director del periódico rectifica. Si el ofendido no se da por satisfecho con la rectificación, y quiere batirse con su ofensor, éste responde que los católicos no se baten.

Recomiendo á las almas grandes este sistema, que sino es muy decente, por lo menos es muy higiénico.

IX

Quiero terminar este artículo copiando una frase que conocen todos los periodistas de Madrid, y que yo deseo que la conozca todo el mundo.

Es histórica; muchos de mis compañeros en la prensa la han oido.

Entró un periodista en la redacción de un pe-

riódico neo, y preguntó á uno de los redactores:

—¿Qué estás escribiendo?

—Nada de bueno, chico, respondió el aludido; aquí estoy haciendo unas cuantas *guasas religiosas.*

El lector comentará la frase como mejor le parezca.



LA OTRA VIDA

Todo lo que nace, muere. No recuerdo bien quien ha dicho esto, pero podemos suponer que lo ha dicho cualquiera, supuesto que á cualquiera se le habrá ocurrido cosa tan natural y segura.

Triste, muy triste es la idea de la muerte; yo de mí sé decir, que cuando cruza por mi imaginación, me causa pena.

«Todo se pasa. Sólo Dios es eterno.» Santa Teresa decía esto con ejemplar resignación y envidiable filosofía. Hay muy pocas gentes que imiten á la santa al hac r una consideración parecida á la hecha por la gran escritora.

En efecto; el más desesperado mortal se muerde los labios al decir: «¡Qué horrible es la existencia!»

Los suicidas no saben lo que se pescan.

Preciso es confesar que el hombre es muy curioso; y preciso es también añadir que la cu-

riosidad es el elemento en que se agita al atravesar los umbrales de la ciencia y los arrecifes del arte.

Curioso es, y mucho; mas con serlo tanto, ignora aquello que más desea saber; lo cual se comprende fácilmente, atendido el lamentable atraso en que el mundo se encuentra.

Seguro estoy de que el lector me miraría de hito en hito si me tuviera presente.

¡Atrasado el mundo! me diría dando él un paso atrás.

Oh, sí. ¿A dónde va á parar el mundo? Él mismo lo ignora. ¿Conoce á sus vecinos el sol y la luna? Apenas los conoce de vista. ¿Sabe cuándo morirá? En vano lo pregunta á los astrónomos. ¿Por qué anda, y da vueltas, y no se detiene nunca? ¡Quién sabe!

El *quién sabe* es el término fatal de las humanas preguntas. ¿Quién sabe? Nadie sabe nada.

Hay anomalías muy graciosas. Entre millones de sabios viene á colocarse la ignorancia para divertirse con ellos.

¿Quién ha visto el punto matemático? ¿Quién conoce el lugar donde la línea recta acaba su carrera? En la luna, ¿se come arroz y garbanzos? ¿Hay algún mortal capaz de hacer lo que el más torpe de los pájaros? ¿Quién sabe subir al cielo? ¿Quién comprende el caos? ¿Qué es el porvenir? ¿Dónde habita el alma?

La solución en el otro mundo.

II

¡El otro mundo! Debe ser un país muy bello.

El siglo XV produjo gentes más avisadas que nosotros. Tuvieron la fortuna de conocer á Colón, y supieron que había otro mundo además del mundo conocido.

Eran ya dos las *bolas*. Al universo le salió un compadre.

En pleno siglo XIX sabemos que hay todavía otro mundo; pero no tenemos al Colón que nos le descubra.

La ciencia, que todo lo invade, que todo lo averigua, que todo intenta saberlo, ha querido llegar hasta el último extremo en sus pesquisas. Vana tarea. Al querer dar el paso de un mundo á otro, la Providencia le ha dado con la puerta en los hocicos.

III

Bien mirado, el asunto no parece tan difícil de resolver. El problema es sencillo por extremo.

Se trata de descorrer un velo, ni más ni menos.

Gentes ha habido que han fingido descorrerle en pró de sus intereses. Mahoma alzó una punta del velo, y dijo á los árabes: ahí tienen ustedes el Paraíso.

Los árabes, amigos del jolgorio, lo creyeron á pies juntillas.

Había en el Paraíso de Mahoma muy lindas chicas que tocaban á justo por barba, y el número de los justos tendía á hacerse cada día mayor.

Los cristianos, en tanto, continuaron siendo tales y aguardando su vez.

El Catecismo les hizo saber qué suerte de mundo era el en que se hallaban las almas después de pisar los umbrales de la eternidad.

El Catecismo es un libro pequeño, escrito por un cura, encuadernado en pergamino, impreso en letra gorda, y destinado al uso de los niños en las escuelas.

Allí, en el reducido espacio de noventa ó cien hojas, está resuelto el problema que los filósofos no han podido resolver á su manera.

En el otro mundo hay cuatro lugares. La gloria, el limbo, el purgatorio y el infierno. Excusado es decir á dónde han de ir las almas de los hombres malos, á dónde las de los buenos.

Sentados estos principios que siempre están en pie, observemos cuán impaciente es el hombre.

A pesar que sabe desde niño que debe vivir lo que Dios quiera (que al fin y al cabo no ha de ser mucho) para hallar después el premio ó el castigo, procura á toda costa gozar aquí lo que allí gozar debiera.

Así, si el hombre es poeta, soldado, artista, va en este mundo en pos de la gloria, cual si no creyera en lo que el Catecismo le asegura para después.

Si es un buen creyente en amor, en amistad, en honradez, en promesas, en gratitud, pasa la vida entera en el limbo.

Si es pobre, su vida es el purgatorio.

Si es jugador, amante celoso, esclavo, pretendiente, el infierno es su elemento en esta vida.

Se puede decir que lleva la otra vida adelantada.

El hombre, según algunos colegas suyos, es ciego.

Tiene ojos y no ve; tiene oidos y no oye. ¡Qué pobre hombre!

IV

Permítaseme una digresión. La mujer ha sido siempre objeto de punzante sátira por parte de todos los hombres. Los hombres son tan malos ó peores que las mujeres. De donde deducimos, que las mujeres y los hombres son la gente peor que hay en el mundo.

Pues bien: á pesar de esta igualdad que entre los dos sexos existe, siempre hay una cualidad en pró del sexo débil.

La mujer es más religiosa que el hombre.

Eslo más, y aunque no lo fuera lo parecería, merced á la influencia de la sotana.

La mujer va á la iglesia más que el hombre. La mujer se confiesa mucho, el hombre poco. La mujer oye diez misas por cada una que el hombre oye. La mujer reza millones de millones de *Pater noster* (por supuesto en castellano) y el hombre reza usando otras palabras que no son precisamente el Padre nuestro.

En una palabra, la mujer rinde culto á Dios de un modo más visible que el hombre, en especial en las naciones católicas; y esto que nos agrada á todos en la esposa y en la madre, y en la hermana, y aun en la amiga, influye poderosamente en la educación del hombre cuando es niño. Y las ideas adquiridas por el niño, tarde se borran de la mente del hombre.

Ahora bien, y entrando de lleno en el objeto de las anteriores observaciones, ¿cómo comprende el mundo la otra vida?

Como la comprende la mujer; como la comprende el niño. Como la comprenden los curas.

Un purgatorio lleno de llamas, que pintadas con almagre en los escaparates de las estamperías parecen peras de Noche-buena. Y unas almas en ese purgatorio, con cabezas humanas, que están en actitud de chillar y de dar alaridos.

Un infierno con calderas de hierro colocadas sobre trébedes; y en ese infierno unos diablos con sendas astas de buey y enormes colas, em-

puñando grandes tenedores trinchantes, con los que revuelven el guisado de almas malditas que se está cociendo en las calderas.

Un cielo, compuesto de nubes y resplandores, habitado por ángeles que tocan trompetas y arpas de todas clases, etc., etc.

Así comprende la otra vida un gran número de personas.

Excusemos comentarios. O la verdad no anda desnuda, ó la religión se ha vestido de máscara.

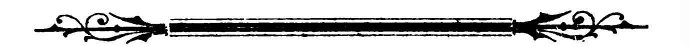
¡La otra vida! ¡El más allá! ¿Quién pudiera describirlo?

Diferentes veces he querido comprender algo del reposo eterno, estudiando el sueño, esa parodia de la muerte.

Y me he dormido pensando en ello, y he despertado sin saber cómo había dormido.

Los filósofos han sido más francos que los autores del Catecismo. Han hecho viajes alrededor del otro mundo, y directa ó indirectamente, han declarado que nada sabían.

Creer, es la existencia. No es posible dudar de la otra vida. La duda es el excepticismo. Acá hay quien obra bien y quien obra mal. Allá... nadie sabe lo que hay; mas debe haber un premio y un castigo.



SÁLVESE EL QUE PUEDA

I

No hace muchos días que al pasar por delante de un puesto de libros, me llamó la atención una imagen de Nuestra Señora de la Leche y Buen Parto, que se ostentaba entre un tomo de Voltaire y una comedia de Pastorfido.

Yo no sé por qué se extrañan los neo-católicos de que algunas gentes depriman con frases más ó menos burlonas las manifestaciones del catolicismo: porque ¿quién podrá contener la risa al ver cómo se representan las imágenes de los santos en los cuadros y litografías que venden los industriales sin temor ni vergüenza.

Vírgenes andan por ahí que no se las conoce; Cristos que parecen hombres, y santos que dá lástima verlos.

Es una cosa especial lo que aquí sucede. Se publica un libro que dice dos ó tres ó cuatro

verdades en otras tantas frases; por ejemplo, *esto se vá*, el *porvenir es nuestro*, ó cosa por el estilo, y el gobierno prohibe la publicación, como quien no dice nada.

Pero se imprimen libros con títulos piadosos y llenos de disparates; se venden estampas de la Virgen y del Salvador del mundo, á través de las cuales cree uno adivinar que el pintor está en malas relaciones con la Providencia, y á pesar del ultraje que con tales mamarrachos se hace á la santa religión cristiana, el gobierno no impide la circulación de aquéllos, y lo que es más, los señores curas patrocinan tales gatuperios.

Bien comprendo que, si como me han asegurado, esos señores van á la parte en la venta de las imágenes, ya la cosa varía de especie.

Una cosa es religión,
y negocio es otra cosa.

Hay que dejar que cada uno viva de su trabajo.

Hace unos mil ochocientos años que un tal señor Judas Iscariote vendió á Cristo por treinta dineros de plata; hoy hay muchas gentes que lo venden por dos cuartos á las puertas de las iglesias.

Estas y otras reflexiones me ha sugerido la imagen que ví en el puesto de libros.

Los que creemos en Dios y en su verdadera doctrina, no podemos ver con calma que se le insulte.

Quisiera yo que cualquiera de mis lectores hubiera visto la imagen á que me refiero. Aquello era la negación completa del sentido común, y la manifestación exacta de la pintura á jornar, que lo mismo hace una muestra para una taberna, que un San Isidro vestido á la antigua española.

Pero no estriba toda mi extrañeza en lo ridículo de la imagen, sino en lo que debajo de ella se leía.

Un arzobispo, de cuyo nombre no quiero acordarme, concedía á todos cuantos rezaren un Padre nuestro delante de aquello, 8.096 días de indulgencia.

¡Cataplún! ¡todo el mundo á tierra!

II

En primer lugar, señor arzobispo, por qué han de ser ocho mil noventa y seis días de indulgencia?

Eche usted cuatro más, y tendremos la cifra redonda; ó lleguemos á los nueve mil, ya que por lo visto eso cuesta poco.

No osaré indagar el por qué de esa cifra rara, porque recuerdo que las cifras y los cuernos,

etcétera, y usted sabrá por qué hace lo que hace.

En segundo lugar, señor arzobispo, voy creyendo que ó el infierno está demás, ó la indulgencia de menos.

No hay más que tener un poco de cálculo para convencerse de eso; todavía menos; basta tener un lápiz. Si con rezar un Padre nuestro y un Ave-María logra uno que se le perdonen los pecados que pueda cometer en ocho mil noventa y seis días, rezando ochenta ó noventa Padre nuestros y Ave-Marías, tengo la seguridad de que hago mi agosto para todos los días que me quedan de existencia. Es decir, que si no voy al cielo, usted tendrá la culpa, y podré reclamarle daños y perjuicios. Ahora bien:

> Cuando Dios me llame á juicio,
> ¿responderá usté por mí?

Allá veremos si le queda á su merced tiempo de responder de sí mismo.

Vaya, vaya, hablemos claros, señor arzobispo; ¿cuántas láminas se han vendido de la imagen esa?

III

Hé aquí una opinión que de fijo encontrará muy pocos adeptos; pero que bien considerada

puede parecer más cristiana que cualquier cura gacetillero.

Insulto por insulto, si se han de vender en las iglesias imágenes groseras de la Divinidad, es preferible que se vendan los discursos de Nocedal y de Aparisi. Esto al menos no ataca tanto á Dios como al bolsillo de los católicos.



LA VIDA DE UN HOMBRE

I

Cándido es un buen muchacho, cristiano, joven, católico-apostólico-gallego.

Tiene veinte años, veinte duros de sueldo al mes, veinte obligaciones y veinte acreedores.

Es decir, que Cándido está, como vulgarmente se dice, con el agua al cuello.

Pero esto no importa para que el apreciable joven tenga su alma en su almario, su corazón junto al estómago y sus miradas puestas en una chica muy guapa, con unos ojos que tiran de espaldas á un guardia veterano. Cándido estaba empleado en una lotería cuando conoció á la muchacha, la cual, para que ustedes lo sepan, se llama Esperanza, y lo mismo podía llamarse *Regeneración*, según es de traviesa y descocada. Pues señor, fué el caso que Esperanza entró á

comprar un décimo: era por los tiempos en que había décimos de á peseta; y en el que Esperanza iba á comprar tenían parte una amiga suya, un primo barbero, la lavandera de su casa y un señor de López, alférez retirado y suscriptor de *La Epoca*, desde que se fundó este periódico.

Como digo de mi cuento, entró Esperanza, pidió el décimo y dijo aquello de—Démelo usted de los altos, del 20.000 para arriba.

—Veinte mil gruesas de corazones le daría yo á usted, niña, dijo Cándido introduciéndose la pluma en la boca y la mano en un cajón de la mesa.

—Vaya, vaya, y qué cosas tiene usted, respondió la chica.

—Lo que tengo yo son muchos deseos de que la toque á usted el premio gordo.

—¡Ojalá! bien podía usted dármele.

—Si estuviera en mi mano...

—¡Haga usted una trampa!

—¡Ya que pudiera! ¿pero no sabe usted la copla?

Si quieres que te toque
la lotería...

—No sea usted malo y déme usted el décimo.

—Ahí lo tiene usted.

—¿Es bueno?

—De lo mejor que se hace.

— *Velay* que me va usted á dar la suerte.

Y cosas á este tenor; en fin, y para decirlo de una vez, el pobre Cándido se enamoró de Esperanza, y acabó por decir un día: ¡Ea, hagamos una brutalidad de las más gordas! voy á casarme con esa mujer y Cristo con todos.

Dicho y hecho: Cándido se puso lo mejor que tenía, y á la verdad que el traje no era muy de moda, pero al fin y al cabo parecía un traje. Una levita de color de ala de mosca, con mangas de bala forzada y faldones de mapamundi; un pantalón de cuadros de varios colores, y sin bolsillos; un chaleco de Mahón y un sombrero que le costó diez reales y el viejo, constituían las tres cuartas partes de su hacienda, como decía el otro. Se echó, pues, la hacienda á cuestas, y fué á pedir la mano de la niña, á su señor papá, apreciable sujeto que por las noches era acomodador del teatro de Novedades y durante el día se ocupaba en repartir periódicos, cobrar cuentas atrasadas y vender cigarros de tabaco *escogido* (en el suelo) á diez cuartos el paquetillo.

El autor de los días de Esperanza accedió á los deseos de Cándido. Así como así, pensaba el buen señor, este chico tiene un porvenir brillante; empleado en loterías... ¡pues digo! ¿quién sabe si un día le veremos de director del ramo? ¿No lo han sido Hazañas y Gutiérrez de la Vega?

Tenemos, pues, á Cándido puesto en el caso

de hacer las diligencias necesarias para poderse casar.

Sigámosle á la Vicaría.

II

Ante todo hay que advertir, que Cándido estaba muy pobre, tanto, tanto, tanto, que todo su capital se reducía á diez ó doce duros que le debía al sastre.

Pero el amor no reconoce clases; y los pobres, cuando sienten una verdadera pasión, no se mueren en toda su vida.

Llegó el pobre Cándido á la Vicaría, y fué de mesa en mesa preguntando lo que necesitaba para que le permitieran casarse.

Las oficinas estaban llenas de curas altos y bajos, flacos y gordos; allí todo el mundo estaba vestido de negro; aquello más que Vicaría parecía un almacén de carbón.

Quiero pasar por alto las preguntas que á Cándido le hicieron aquellos señores, después de hacerle esperar dos horas, y de contestarle un poco bruscamente á las preguntas que con la mejor educación les hizo.

Quiero pasar por alto también los requisitos accesorios que según le dijeron necesitaba para ser marido, porque sería cuento de nunca acabar referirlos todos. «Un certificado de buena vida y costumbres.» ¿Para qué?—decía el bue-

no de Cándido;—¿para que á ustedes les conste que soy hombre de bien? Eso es cuenta de mi mujer; y cuando ella apechuga conmigo, ya estará segura de que no soy un tuno; además, señores, un certificado de buena vida y costumbres se le dá á cualquiera, y no hay pícaro que no lo lleve en el bolsillo para un caso apurado; por consiguiente, esa es una fórmula que me parece inútil.

—Pues no señor, no es inútil, y sin ese documento no se puede hacer nada.

—Corriente, señores; se buscará un párroco y un inspector que en su vida me han visto y que darán fe de que soy un guapo muchacho.

—Además es necesario saber que usted no es casado.

—¿Pero, señores, por amor de Dios, cómo había yo de exponerme á ir á presidio?

—Pues es indispensable que aquí tengamos las pruebas de que es usted soltero.

—Está bien, está bien, las tendrán ustedes.

—Además se necesita la fe de bautismo de usted, y la de su padre de usted, y la de...

—Pero, señor, qué importa que yo tenga estos ó los otros años para...

—Pues sin ese otro documento tampoco podemos...

—Bueno, bueno, vendrá el documento; no se fosforicen ustedes.

Y así por el estilo le fueron exigiendo docu-

mentos y documentos con tal profusión y variedad tanta, que Cándido casi lloró de gusto.

Pero lo grande, lo inusitado, lo inconcebible para el pobre muchacho, fué el trabucazo á boca de jarro que le pareció que le habían disparado cuando le dijeron que entre el papel sellado en que habían de ser escritos los documentos aquellos, los derechos de curas y sacristanes, y los honorarios de sacristanes y curas, la boda vendría á costarle sobre treinta y cinco duros.

—¡Treinta y cinco duros! decía Cándido marchándose á su casa. ¡Dios mío! ¿de dónde voy á sacar yo treinta y cinco duros?

Y era preciso sacarlos de cualquier parte, porque Esperanza deseaba con muchísima impaciencia decir *esto es hecho;* los padres de Esperanza esperaban el momento en que Cándido dijera *vamos á la iglesia,* y ya habían pasado porque Cándido no hiciera regalos ni gastos de ninguna clase; de manera que ante tales consideraciones, el novio no podía consentir en que otro pagara los derechos de la iglesia, porque eso hubiera sido el colmo del abuso.

¡Oh fiero trance!

Cándido, resuelto á todo, fué á ver á un prestamista que era gran jugador de lotería y pasaba sendos ratos en la administración donde nuestro protagonista estaba empleado.

Le pintó su situación con vivos colores: le

suplicó por lo más sagrado que le sacara del apuro en que se encontraba, y... ¡logró que el prestamista se conmoviera! Esto no lo había logrado hasta entonces ningún español, ni es probable que vuelva á conseguirlo ya nadie.

En los anales de la usura se registra un caso extraordinario, es decir, que el prestamista le dejó á Candido 1.000 reales al módico interés de 72 por 100.

Cándido se casó por treinta y cinco duros.

III

La paz reinaba en el hogar doméstico. Esperanza y Cándido se querían entrañablemente. Eran muy pobres, pero se acomodaban á las circunstancias, y sabían ser resignados en medio de su pobreza. Con la conciencia tranquila y la confianza en Dios, los esposos aguardaban mejores días.

Pero escrito estaba que aquella felicidad no había de ser duradera. A los diez meses de paz octaviana, el usurero, cansado de esperar el pago de aquellos reales, amenazó con el embargo, sin embargo de que Cándido pensaba darle todos los meses un pico, sin duda para que con el *pico* cavase aquel despiadado prestamista el abismo en que había de caer su víctima.

Esperanza, que vió amenazados sus muebles,

y hasta los utensilios de la cocina, gritó, se desesperó, dijo que su marido trataba de perderla, y á Cándido se le pasaban unas ganas de echarse por un balcón, que por menos de 2.000 reales hubiera realizado su deseo.

Era un día de primavera. Los pajarillos cantaban como unos descosidos; las flores *saludaban al sol,* sin quitarse el sombrero. La naturaleza sonreía y Cándido no tenía un cuarto.

Y aquel día, precisamente, Esperanza dió á luz el primer tomo de la obra matrimonial; el parto del ingenio fué un tierno vástago, robusto como un aguador, y que vino al mundo llorando como un becerrito.

No sé quien ha dicho que cada hijo que nace trae á los padres un pan debajo del brazo. El hijo de Cándido no trajo ni siquiera un zoquete; lo que trajo fué grandes deseos de ser cristiano, y no había más remedio que bautizarlo.

Cate usted á Cándido desesperado de nuevo. Entre los honorarios del cura de la parroquia y la propina del sacristán, y unas cosas y otras, cuatro duritos.

Y fuerza era buscarlos, porque si el chiquillo no era bautizado, no podía ser cristiano, ni viejo ni nuevo, y no podía ser cristiano, si no pagaba el bautismo.

—¡Caramba! ¡caramba! ¡caramba! decía Cándido sentado junto á la cama de su mujer, y meneando mucho el pie y la pierna derecha,

como si tuviera el baile de San Vito. Hay para comerse una caja de fósforos y acabar de una vez esta desdichada existencia.

Se resolvió á pedir á su amo el lotero los cuatro duros que necesitaba.

El *amo* puso muy mala cara; pero dió el dinero á su dependiente, porque calculó que podría cobrarlo más tarde ó más temprano, reteniendo á Cándido una parte de su exiguo sueldo.

El niño fué bautizado.

—¡Hola! ¡hola! decía un amigo de Cándido cuando el niño volvió de la iglesia; ya tenemos aquí al nuevo cristiano, católico, apostólico madrileño.

El chico le miraba como si le quisiera decir:

—¡Mi dinero me ha costado!

IV

La situación de Cándido era espantable.

Tenía cuatrocientos reales de sueldo; de estos cuatrocientos reales, el prestamista le retenía doscientos, y el amo de la lotería ochenta. Es decir, que con ciento veinte reales, Cándido debía pagar al casero, debía comprar el pan de cada día, y debia procurar que Esperanza estuviese bien asistida en su enfermedad.

Porque Esperanza estaba enferma, muy enferma.

V

Y llegó un día en que el estado de la joven hizo concebir serios temores al médico. Esperanza se moría.

Cándido, desesperado, frenético, loco, recorrió todo Madrid para buscar dinero, pero sus esfuerzos fueron vanos.

Volvió á su casa... la desgracia es cruel, feroz, incansable; cuando se ceba en un individuo, le agobia, le confunde, se multiplica. Esperanza había muerto.

Cándido estaba fuera de sí; le parecía mentira que sobre él pesaran tantas desventuras. Lloró lágrimas de fuego que le escaldaron las mejillas; lágrimas de desesperación, de dolor, de ira, de rabia.

Pero era preciso pensar en todo. El cadáver no podía estar más de dos días en casa; Cándido no quería llevarlo directamente al cementerio, porque el pobre muchacho creía que allá en el cielo, Esperanza se enojaría al ver que no se le hacía un entierro...

Y este entierro costaba dinero, y la sepultura costaba dinero... y los curas decían que ellos no cantaban un responso si no se les pagaba, y el sacristán no encendía las luces si no se le pagaba, y el cura del cementerio no admitía el cadáver si no se le pagaba la fosa, y todo el mun-

do pedía dinero, y eran necesarios trescientos ó cuatrocientos reales.

Cándido, en un momento de locura, corrió á la administración de loterías. El jefe acababa de salir; el dependiente abrió el cajón de la mesa, vió mucho dinero, metió las manos en el cajón y se llenó los bolsillos de monedas.

. . . .

Hubo entierro, luces, toque de campanas, acompañamiento, sepultura...

Los curas cantaron.

VI

Faltaba algo á la desdicha de aquel pobre hombre; faltaba que se le acusara de ladrón, porque ladrón había sido.

Y cuando se vió señalado por las gentes, próximo á ir á la cárcel, deshonrado y envilecido, se olvidó de todo, hasta de su querido hijo; pensó solamente en su honra, en su dignidad perdida; y alzando los ojos al cielo, aplicó á la sién el cañón de una pistola, apretó el gatillo, sonó un tiro, y Cándido cayó bañado en sangre.

VII

ESCENA FINAL

Cándido (espirando).—Acabemos.

La sociedad.—¡Pobre hombre!

Los curas.—¿Un suicida? ¡No se le puede dar tierra sagrada!

IDEAS SUELTAS

En este momento recuerdo un refrán, frase, locución, ó como quiera llamarse, que dice así: «á la puerta del rezador no pongas tu trigo al sol... porque rezando, rezando... se lo irá entrando.»

Hay personas que van á misa todos los días; que se confiesan todas las semanas; que ayunan todos los meses, y que hacen picardías á todas horas.

No pretendo yo inculcar en el ánimo de mis lectores la fatal idea de que nadie debe rezar y amar á Dios sobre todas las cosas; pero sí quisiera probar de una manera clara, que en esto, como en todo, el abuso es censurable, y la hipocresía digna de mejor suerte.

Para ellos, las personas que se confiesan cada quince días, son unas bellísimas personas que valen cualquier dinero.

El confesionario es una gran cosa.

Allí las mujeres van á contar todas sus penas y desventuras; allí refieren todo lo que les pasa con sus maridos ó con sus amantes, y el confesor les aconseja muy dulcemente cosas por este estilo:

—¿Qué opiniones tiene su marido de usted?

—Señor, él dice que es republicano.

—¡Ay, desgraciada! ¡Está usted en pleno infierno!

—¿De veras, padre?

—¡Condenada sin remedio! ¡Y yo no puedo absolverla en adelante, mientras no sepa que ese hombre ha cambiado de modo de pensar!

—Yo se lo diré, señor, yo se lo diré.

—Dígaselo pronto, y adviértale que le están engañando, y que él ha de ser escalón para que suban otros hombres más pícaros que él y que le explotan.

—¡Verdad, señor, verdad! Eso le digo yo; que se está comprometiendo para que luego vengan los suyos al poder y no se acuerden de él pa ná, y en seguida nos subirán la contribución y estaremos tan mal *ú* peor que ahora!

—¡Eso es, eso es! Y en seguida vendrá el demonio y se nos llevará á todos!

—No tenga usted cuidado, padre, que yo procuraré hacerle entrar en carrera..., no sabe usted lo perdido que está; él es borracho, él es jugador, él es tramposo...

—Bien, todas esas costumbres malas (1) se le podrían tolerar, porque al fin y al cabo... pero ese vicio de ser liberal, hay que acabar con él, porque de lo contrario sus hijos de usted han de verse muy mal en siendo mayores.

—¡Ay, padre! si viera usted que al pequeñito le ha salido una *fogarada* de granos por too el cuerpo que dá lástima el verle...

—¡Pues eso también consiste en las ideas de su padre!

—¡Jesús, Dios mío! En llegando á casa voy á decirle que si no se deja de *toos* esos belenes, voy á pedir el divorcio.

—Eso es, hija mía; pronto, pronto. *Ego te absolvo in nomine Patri...* Ea, ¡cuidado con lo que se hace!

....

Estas y otras *cosazas* que en el confesionario suceden, podían dar margen para un libro de más páginas que el Diccionario de la Academia, y con más errores que los que en este hay, y cuidado que en este hay muchos, á pesar de que tales manos lo han hilado.

Un neo-católico le decía en cierta ocasión á un labrador que tenía fama de mal cristiano:

—Es preciso que te confieses con más frecuencia; el alma es como un campo, que cuan-

(1) ¿Qué entenderá este señor por vicios?

tos más abonos reciba, más dispuesto estará para producir buenos frutos.

—¿Sí, eh? contestó el aludido; pues mire usted, yo tengo un campo que con un abono al año, se queda libre de polvo y paja y produce más trigo que ninguno de los que le rodean.

Bien considerado el asunto, se verá que para ser buen cristiano y aun buen católico, se puede prescindir de la exageración y de la falsa apariencia.

UNA EXCEPCION HONROSA

Los periódicos liberales publicaron no hace mucho tiempo una noticia que yo debo reproducir en este libro.

El cólera hacía estragos en Palma de Mallorca, y á este propósito decían los periódicos:

«Derramando el oro á manos llenas en alivio »de la miseria; acudiendo, sin rendirle la fatiga, »á la cabecera del enfermo; llorando con el que »sufre; enjugando las amargas lágrimas de la »desconsolada viuda, del desesperado huérfano, »el señor obispo de Mallorca, D. Miguel Salvá, »ha sido el ángel de consuelo en los terribles »días que la Providencia envía á aquella isla.»

***

Comparemos.

Comparemos al obispo de Mallorca con el de Tarazona y otros por el estilo.

Los obispos españoles, en general, han visto

con tranquilidad los estragos producidos por el cólera, ó mejor dicho, no se han fijado en que el cólera hacía estragos, porque han estado sumamente ocupados... ¿en qué?

En protestar contra el reconocimiento de Italia.

En condenar el folleto de un cura que las ha echado de liberal.

En promover suscripciones para aumentar el dinero de San Pedro.

Y en acordonarse para que el cólera no se metiera con ellos.

*
* *

De Claret á Salvá media un abismo.

* *
*

Nota. Mientras esto sucedía en España, el obispo de Nimes condenaba en una pastoral las corridas de toros.



Carta de un fraile á una monja.

VENERABLE hermana: Susurra por mis oidos un rumorcillo que me pone en muchísimo cuidado. Yo estoy malito, malito, malito. Desde que me prohibieron aquel famoso libro, todo lo veo negro; parece que aun estoy en Cuba. Dígame en caridad lo que sepa; porque veo en lontananza un *belén* de esos que en el buen estilo llamamos *pistonudos*. ¡Ay, mamá! digo, ¡ay, hermana, qué porvenir se presenta más estropeado! Yo no sé de qué se me culpa, pero ello es que se me busca el bultito. ¡Figúrese su merced, si por casualidad llegan á encontrármelo, qué va á ser de nosotros! Y dígole de nosotros, porque también á su merced creo que quieren sacarla de sus casillas. ¡Ojo, hija mía, muchísimo ojo! Mire que esto amenaza un golpe de esos de cuello vuelto, como decía nuestro padre San Agustín, ese santo varon á quien

han tomado por su cuenta los revolucionarios de *La Iberia.* Díceme un mi amigo particular que el general O'Donnell piensa meterme en un barquichuelo y llevarme á predicar misiones á tierra de moros; y ótro me anuncia que mi destino es ir á Jerusalén á darme un baño ruso. ¿Qué le parece, hermana? ¡Yo que soy una de las primeras personas del mundo católico, irme ahora á hacer el oso por esos mundos protestantes! ¡Ay, hermanita de mis entretelas! indíqueme un medio de salir del paso, porque estoy todito sofocado, y si esto dura mucho me voy á llenar de granos.»

Contestación de la monja al fraile.

Cuántas veces le he dicho, reverendo padre, que no crea nada de lo que por ahí se dice? ¿Cuántas se lo he de repetir, voto á Cristo? Parece su merced tonto de la cabeza. Todo eso que le han contado es pamplina, todo eso es lo que entre nosotras, las personas de viso, se llama *una castaña*.

¿Sacarnos de España? ¿Y por qué? Vamos á ver, ¿por qué? Hasta entonces duraría la paz y concordia entre los príncipes cristianos. ¿No sabe su merced que nosotros somos más necesarios que la guardia veterana, y que hay una personilla que está cantando, refiriéndose á vuestra merced, aquello de

Que yo no puedo
vivir sin tí?

Por San Luis y Santo Domingo, padre mío, no se *escame* tan pronto, que todo lo que ha oído

es un *canard*, como decía una santa mujer paisana mía. También decían los periódicos estos días que yo me había ido á vivir á la calle del Soldado, siendo así que estoy en Aranjuez dedicada al rezo.

La otra noche, padre mío, se me apareció un angelito con patillas, y me dijo:

—¡A Roma!

—Viene usted muy equivocado, le contesté yo.

—Vaya usted á Roma, que hace años que la llaman.

—¡Quiá! Estoy como la que no quiere.

—Te lo mando en nombre de O'Donnell.

—Diga usted al señor O'Donnell si se ha olvidado ya de cuando me llevaba la vela.

—Pues en nombre de Dios te digo que conquistes el corazón de O'Donnell.

—Yo lo conquistaré, nadie lo dude. ¡No que no! ¿No llevó la vela en la procesión de San Pascual?

En esto desperté. Sepa su merced, padre mío, que he de obligar á O'Donnell á que me sonría y me diga que todo fué broma.

De lo contrario, habrá un motin.

Yo soy muy calmosa, y no me tomo cuidado por nada. Mi papá se murió por no enfadarse; con que ahí verá su merced, venerable padre.

Si su merced está sofocadito, véngase por acá le consolaremos, que aquí hay tela.



LITERATURA CLERICAL

Aunque el público respetable está ya cansado de saber disparates dichos por los señores curas en el púlpito, bueno será que conozcan el siguiente sermón pronunciado el día de San Bernardo en la iglesia de Chahorna en el año de 1772, por un presbítero que, según todos los datos, debía haber nacido mugiendo.

Dice así ese precioso documento:

Vos estis mundi. Ego sum pastor bonis. Hoy, fieles míos, celebramos la fiesta del santo Bernardo, sin que le falte ni sobre día, y hoy lee la Iglesia nuestra madre el Evangelio que está escrito en la Biblia. Esto no lo entendéis vosotros, pero basta que sepáis cómo es el Evangelio, y así pidamos todos las gracias diciendo Ave-María. *Egun sumus pastun ut supra, et vos estis lux.* Crió Dios el primer día al hombre Adán (nuestro primer padre) para que así viniese al

mundo el primero, infundiéndole el sueño, dicen las lecciones del Breviario que yo rezo, *ab dormivid in llaminum.* Dormido Adán como os digo, y no sé si de la costilla izquierda ó zurda, que esto no lo declaran bien los doctores ó expositores, crió á Eva, la mujer más liviana que en aquellos tiempos hubo. ¡Oh Santo Dios! reflexionemos más este asunto.

Antes que naciese Eva era Adán hermoso, bello, corpulento, tornido, sagaz y bien quisto de todo el mundo; sus vecinos apetecían su conversación; las monjas subían á sus vistas para mirarle; él era, en fin, un Narciso entre las lechugas silvestres. ¡Válgate Dios! parece que le estoy viendo; pero la pícara Eva, gulusmera, amiga de saber y oler, le hizo comer la manzana, árbol del Paraíso, á quien en pena de su desobediencia no permitió Dios que llevase más fruto, y la castigó con la maldición. Pero, ¡oh ánsias crueles! ¿Cuántos Adanes hay en esta villa de Chahorna y cuántas Evas! Os parece, pícaras desolladotas, que yo ignoro cuánto me murmuráis con mi ama, la más bella, corpulenta y joven del pueblo? ¿Pensáis que no sé yo que me andáis royendo los zancajos, diciendo si tornó, si volvió, si fué, si vino, si por arriba, si por abajo, si gordo, si flaco, si bueno, si malo, si chasca, si maja? Y aun más claro, sí, todo, todito, á lengua castellana, como dice el gran doctor de la Iglesia, mi señor San Panta-

león; pues considerad que llegará aquel día: *Deis ira, Deis illa*, en que veréis que aun cuando ella y yo hayamos sido malos no seremos los primeros; y si no Arnoldo, Alonso y la mujer de Juan Gil, que ya murieron, y santa gloria hayan, que digan cómo andaban, y diga la viuda de la huertecilla, y la viuda de Máximo Andrés, que repito ya murieron y santa gloria hayan, hablen también una y otra, y para no cansarnos, todas, casi todas, las que me tienen consultando en mi cuarto y en mi confesionario, que hablen y sabréis cosas primorosas, pasmosas y de mucho gusto, y finalmente, diga el señor alcalde lo que me tiene consultado; pues enmienda, mirad que hay demonios que cargarán con todos los que me estáis oyendo, no lo permita el Señor. *Vos estis lux, nos estis sal.*

Ya he probado el primer punto: paso y voy al segundo: aunque tratar con vosotros es lo mismo que echar margaritas á los puercos, *vos estis sal, vos estis lux.* ¡Qué gran santo fué San Bernardo! Fué fraile mercenario de la Merced, con su escapulario blanco, con su cruz, con su hábito y su escudo, hizo muchas penitencias en los desiertos, dormía sobre la tierra y comía la yerba del campo; se daba azotes crueles y desaforados, y puñetazos sobre los hombros; ¡ojalá os los diérais vosotros, bribones, que me estáis oyendo! *Vos estis lux mundi.* Comía nuestro

santo la comida sin sal. *Vos estis.* Zurrábase la badana de lo bueno que yo he visto entre los de su tiempo, pero vosotros y vosotras, picarones y picaronas qne me estáis oyendo, ¿qué hacéis? Zambra y más·zambra, fuella y más fuella, sin más honra que la Puerta del Sol de la ciudad de Madrid. Aquí te quiero ver, Perico de la Giringaina. ¿Cómo irán preparadas vuestras conciencias ante el acatamiento de nuestro Soberano? *Vos estis sal.* ¿Cómo han de ir vuestras conciencias y vuestras luces á los ojos de los hombres? *Ut vitam opera vestra coronam omnibus:* atended á este Coronam que dice el texto, y es un busilis muy grande y muy oscuro. Pues sabed que quiere decir, según la pluma del águila más alta de la Iglesia, San Guillermo, que todo lo que debe usarse en este mundo ha de ser *Coronam omnibus* para la tierra en opinión de Pedro Bolera, y por figura análisis; pero vosotros ¿qué entendéis por figura análisis? Desfigurada sí que entendéis, malos cristianos, y vosotras desolladotas, pues todo en vosotras es figurado y todo es *Corona vobis y mas corona vobis suceat lux vestra.* ¿Cuándo, decidme, merecéis vosotros y vosotras tenerme por cura de la villa y parroquia de Chahorna? y ¿cuándo habéis oido cosas más bien dichas ni más al caso? Pues mirad á lo que os digo, y si no hay enmienda, la sabré yo tomar con un garrote. *De profundis clamavit ad te Dominum,* dice una hoja rota á más de la

mitad de la Biblia que yo rezo, y quiere decir que de lo profundo clamará la sangre de Abel que mató con una quijada vuestra á su tío Cain, y así, así, clamarán vuestras borricadas. ¡Oh hombres! ¡oh mujeres! ¡oh Chahorna! enmienda padres, enmienda hijos, enmienda hombres. No haya más injurias, no haya más iras, no haya más disoluciones, ni más zarandajas. Jesús, Jesús, *advertir la paz, in terra paz hominibus.* Atiendan que estas son palabras del sabio Salomón, en el capítulo no sé si 8.° ó 123.° de su Evangelio; paz os encarga y paz os promete, paz Dios... que bien claro queda todo, no diréis que tenéis un cura tonto. Otro domingo tomaré otra idea, pues cuesta los ojos de la cara andar encordonando los Evangelios. Dios nos asista con su gloria, prenda cercana de la gloria. Amén.



LOS CURAS LIBERALES

Hay una palabra á la cual he tenido el honor de prestarle mi ayuda para que se fuera introduciendo poco á poco entre la gente culta. Palabra á la cual hice uno y aun varios lugares en las columnas de *Gil Blas*, y de la que, en una palabra, me declaré decidido propagandista por espacio de todo un invierno.

Esta palabra es... *escama*.

Mis relaciones con ella son toda una historia. La conocí en los labios de un andaluz que la soltaba de cuando en cuando para hacer gracia. Hícela ver que estando á mi lado podría alcanzar alguna popularidad, supuesto que yo la exhibiría con frecuencia en los periódicos de mi comunión, como decirse suele; agradóle el porvenir y pasó de los labios de mi amigo á los míos; al menos así lo debo suponer al recordar que el amigo cuando me la oyó pronunciar por

vez primera, me dijo sonriendo: *de la boca me la has quitado*.

Ahora bien: ¿quiere saber el curioso cómo fué el usar yo por primera vez la palabrilla?

Era el mes de Octubre del año 63, año famoso por haber regido en él los destinos de la España el egregio marqués de Miraflores, hombre ilustre y nunca bien ponderado, que así sirve para gobernar una nación, como yo para hacerle la barba á un neo.

Una noche, á última hora, estábamos en un restaurant varios amigos. Cuando se reunen media docena de jóvenes, la conversación no versa más que sobre una de estas dos cosas, ó sobre las dos á la vez: la política, las mujeres.

Aquella noche se habló del sexo bello largo rato, se discutió sobre la virtud, se negó el amor, se ensalzó el celibato, se disparató, en una palabra.

Después, el asunto se fué agotando al par de los vinos, y la conversación recayó en la política, que al fin y al cabo es una pobre mujer víctima de sus deslices. Según mi costumbre, al hablar de política hablé de religión. La religión es el único sueño dorado que he tenido hasta ahora. He llegado á concebir que los hombres puedan vivir sin luz ó sin agua, pero no los comprendo sin religión. Casi sería suponerlos á todos sin madres.

Procuré ensalzar las religiones, y como siem-

pre, hablé desenfrenadamente contra los curas.

Uno de los circunstantes nombró entonces á un cura muy conocido, y entre otras cosas dijo:

—¡Es un gran sacerdote! ¡Es un grande hombre! ¡En fin, es un cura liberal!

A mi palabrilla le llegó su turno. Sin poderlo evitar grité enseguida:

Me *escamo*.

***

Sí, lo confieso, me *escamé* horriblemente; sentí un sudor frío, espantoso. Si me hubieran dicho por la calle: acaba de pasar un hombre con la torre de Santa Cruz en el ojal de la levita, lo hubiera creído; si me hubieran dicho: ahí, en la sala inmediata, está D. Alfonso el Sabio comiendo unos calamares á la salsa negra, lo hubiera creído; si me hubieran dicho: mañana se estrena una zarzuela en la que cantarán un *polo* las monjas de Santa Teresa, también lo hubiera creído; pero creer que en España, ni en Europa, ni en el mundo, ni en cualquiera de los planetas conocidos, hay un cura verdaderamente liberal... ¡eso nunca! mejor creeré que el general O'Donnell tiene alma, ó que el Nuncio se lava la cara.

El pueblo español tiene un gran defecto, que s peculiar de otros muchos pueblos, y ese decto consiste en una predisposición extraordi-

naria á dejarse seducir y convencer por una palabra fácil, por una frase correcta, por una apariencia noble. Antes, cuando el absolutismo y la barbarie imperaban en este trabajado suelo, no había cosa más á propósito para convencer á los españoles que el palo.

La tranca ó la cuerda fueron por espacio de muchos años la síntesis de la filosofía española; de aquella filosofía que según los curas carlistas emanaba del cielo, y que produjo entre los sabios al cura Merino, entre los oradores á Tejado, entre los poetas á Cañete, y entre los artistas al guitarrero de la calle del Oso. Tiempos felices aquellos en que las monjas volaban por los tejados y los curas usaban cachorrillo y tenían el rostro *culotté* por el humo de las batallas.

Poco á poco nos fuimos convenciendo de que la influencia de la sotana en nuestros días no tenía razón de ser: los fogonazos de los fusiles de nuestros padres hicieron luz y vimos más claro. El fanatismo y la superstición fueron alejándose de la escena, y hoy estamos todos convencidos de que en último resultado un cura no es más que una persona como otra cualquiera.

A la época de los charlatanes ha sucedido la época de los oradores; á los tiempos de los bandidos, han sucedido los tiempos de los apóstoles de la nueva idea. El pueblo español, ávido de

escuchar la verdad, ha oído á todos los hombres que se han acercado á hablarle, y de aquí ha resultado lo siguiente: mientras unos cuantos han dicho la verdad al pueblo de una manera clara y solemne, sincera y brillante, otros han visto en la elocuencia un negocio, en sus dotes naturales una especulación, y en el seno del pueblo español un bolsillo abierto.

Hagamos un viaje alrededor de una sotana. En primer lugar, cuando un hombre, con vocación ó sin ella, llega á ejercer un ministerio tan sagrado, tan grande, tan bello (sí, el sacerdocio es un ministerio sublime); cuando un hombre llega á tal estado debe morir en él antes que ser perjuro; debe perseverar en su puesto: debe, sea del modo que quiera, permanecer fiel á los deberes sagrados que tiene contraídos. O si no, haber elegido otra misión; ó si no, morir desesperado, pero silencioso y digno. Todo hombre debe vivir constantemente adherido á sí mismo. El que retrocede, teme. El que reniega, no ha tenido nunca patria.

Cuando veo que un militar pide su licencia absoluta, me parece más cobarde entonces que si le viera huir en la batalla; más indigno y más bajo me parece, que la culebra que deja la piel entre las piedras.

Cuando un abogado deja el foro por la banca, y un poeta deja sus versos por un miserable salario del Estado, y un hombre público

reniega de sus principios esta noche para defender otros mañana temprano, entonces comprendo á Fausto diciendo:

—¡Por qué he nacido!

Contemplad al cura, recordando que está llamado á cumplir los más santos deberes; contempládle como si fuera la encarnación, el símbolo de la caridad, y al ver que de pronto arroja los manteos para poder zaherir á los hombres que antes eran sus colegas, decidme si en último resultado y examinándole con la más posible frialdad, tal hombre no os parece un traidor disfrazado de otra cosa.

—

La Biblia es un precioso libro que, entre otras cualidades, tiene la de acomodarse al gusto de sus lectores según estos desean.

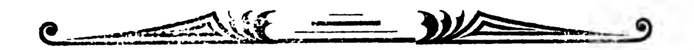
«Jesús, dice un cura, predicaba la humildad, era á la vez respetable y respetuoso, y si es cierto que al espirar perdonó á cuantos le habían ofendido, no lo es menos que antes había dicho: «quien á hierro mata á hierro debe morir.»

Esto lo dice un cura periodista para destruir un argumento liberal; de modo es que la Biblia conviene á los planes del neo catolicismo.

Pero ese cura tórnase liberal al día siguiente y nos dice: «Jesús fué el primer republicano del mundo.» Esto sirve para atraerse la voluntad

de un pueblo entusiasta y para probarnos que la Biblia es un libro de propaganda socialista.

Lo digo y lo repito: ¿Un cura liberal? Me escamo.



El himno de Riego y el canto llano.

HACE algún tiempo dirigí á un sacerdote amigo mío la siguiente carta-artículo:

Redacción de *La Democracia,* Mayo de 1865.

La música, reverendo señor, es un idioma del alma que puede expresarlo todo, y más especialmente la satisfacción y el contento. Todos los pueblos del mundo la rinden culto; y desde el arpa de David hasta el violín de Paganini, desde los cantos salvajes de los brahmas hasta los tesoros de armonía de Adelina Patti, desde los bronces del oráculo griego hasta la campana de la torre de San Marcos, la historia de la música es una colección confusa de incidentes políticos de las naciones, terribles y sangrientos unos, mensajeros otros de glorias y venturas.

La misma poesía encontraréis en el lastimero sonido de los clarines pretorianos que anuncian

la muerte del enemigo de los Césares, que en el angélico coro de las vírgenes griegas, cuando lamentan el tráfico fin de Saffo la enamorada.

Hay todavía más. Cada pueblo del orbe ha recibido su bautismo político al són de una música especial y siempre expresiva. Cada revolución ha sido iniciada por un canto patriótico, verdadero símbolo de fe comprendido al momento por todos los corazones ardientes. Los cantos nacionales han guiado á Polonia á glorioso combate. La revolución francesa necesitaba un intérprete, y dos poetas y un músico hicieron con la *Marsellesa* un estandarte de victoria. Ecos patrióticos condujeron á la lucha á los perezosos *lazaronni* de Italia; y hasta los fríos corazones de los ingleses saltan dentro del pecho cuando el *Good save the King* hiende los nebulosos espacios de Inglaterra.

España, como todos los países meridionales, tiene notas de música que penetran hasta el fondo del alma. España, cuyos hijos gozan el *far niente* italiano cantando las *soledades* y las *playeras*; España, cuyos hijos pueden comprender el delicioso sopor de los árabes, escuchando cualquiera de los cantos populares de las provincias de Andalucía; España dió al viento con el primer grito de libertad en este siglo las armonías más patrióticas que jamás escucharon pueblos regenerados.

¡Oh! día venturoso aquel en que rotas las ca-

denas de tantos siglos, esparcidas al aire las cenizas de los viejos déspotas, erigido en Cádiz un templo á la idea nueva, y colocada en San Fernando la primera piedra del edificio nacional, cantaron nuestros padres su victoria, como canta en las inmensas regiones del espacio brillante pléyade de golondrinas mensajeras de paz y de bonanza.

Y á pesar de todo, aquel era un coro confuso y desgarrador en medio de su grandeza.

Fáltaba algo á la felicidad de nuestros padres: que á veces la dicha, con ser completa y franca, necesita de obstáculos y contrariedades para renacer brillante como el Fénix de sus propias cenizas.

Faltaba una víctima que encendiera el entusiasmo; y la hubo.

Riego, el Viriato del siglo XIX, fué la víctima inmolada en los altares del absolutismo por los verdugos de un monarca inconsciente.

Riego, el primer cantor de nuestra moderna independencia, murió en horca por honrado, y fué aquella la primera vez que la horca se convirtió en altar de gloria.

Entonces nuestros padres lloraron tan dolorosa pérdida y quisieron conmemorarla; entonaron tiernas elegías los poetas; pero las elegías eran poco. Reservado estaba á la música eternizar el fúnebre suceso. Surgió el *himno de Riego*.

¡El *himno de Riego!* ¿Qué corazón español no

se ha conmovido con las arrebatadoras notas de esa canción patriótica? ¿Quién es el que no ha sentido algo dentro del pecho al escuchar esas armonías que parecen á la vez las últimas palabras de un comunero, y el saludo á la patria de un puritano? ¡Ah! ¡Pasad, pasad, sombras nefandas de siglos que por ventura espiraron, espectros de la tiranía que aun queréis revolotear alrededor de la patria donde morásteis! Sírvaos de acompañamiento á la tumba la música del himno bienhadado. ¡Pasad ahora vosotros, almas vírgenes de la libertad, soldados del progreso, trovadores de la idea nueva, nacidos al sonido del cañón que vomitó metralla sobre los malos; pasad, y sea el himno patriótico la primera música que arrulle vuestros días!

El himno de Riego es el barómetro de nuestra atmósfera política. Cuando la temperatura llega á ser sofocante; cuando la sangre hierve ya en las venas; cuando la nación se ahoga y el pueblo se asfixia y las ideas se exaltan al calor de la cólera, entonces, cuando la medida se ha colmado y es imposible vivir de tal manera, un eco grato y de todos conocido dice ¡ahora! y es el himno de Riego que anuncia nueva era.

Sonó en 43, cuando era preciso que la nación se quejara de sus dolores. Sonó en 48, cuando Europa se apercibía á universal combate con Providencia que llovía déspotas sobre la tie-

rra. Sonó en 54, cuando el león español despertó después de once años de obligado sueño. Y no ha sido jamás oido sin ir acompañado de los gritos de júbilo del pueblo libre y regenerado.

Música deseada, cuya historia comprende la libertad de España, nace y muere con los héroes á quienes anima con sus ecos.

Al perderse de vista en el mar el último lienzo con que los desterrados del 48 saludaban á madres y esposas, cesó de oirse en la patria de aquellos liberales sin ventura la música feliz que antes indicara su presencia. Y fué que el viento la llevó con ellos para que allá, en lejanos climas, les sirviera de recuerdo y de consuelo.

Con el último sonido del cañón que ametralló las Cortes en 56, se fué para no más volver el himno que había saludado la aparición de aquel Congreso. El león español ha vuelto á dormirse.

¿Despertará? Pronto ha de ser si el barómetro no engaña. La atmósfera no puede ser más sofocante y la sangre hierve de nuevo.

En tanto, acudid vosotros, los amantes de la música querida, al apartado gabinete de la hija del fusilado, donde podréis oir el *himno de Riego* tocado *sotto voce* por aquellas manos delicadas que corren con extraña mezcla de placer y de temor las teclas de un piano. Venid vosotros, artistas españoles, al oscuro rincón del periodista y consoladle en sus tribulaciones, arrancando á vuestros violines las notas halagüeñas del

himno que conserva como única herencia de sus malogrados padres. Llegáos vosotros, poetas de la libertad, y haced una letra nueva á esta música vieja. Acercáos los admiradores de Bellini y de Haydin, dejad por un momento el arte extranjero, y venid á inflamar nuestras pasiones perezosas en la música de la patria!..

Y tú, ahorcado ilustre, guerrillero incansable, lidiador sin ventura, héroe malogrado, apóstol glorioso, mártir de la fe que nos has legado, tú que has dado nombre al himno que nos embriaga en la pelea y ameniza nuestros festines de victoria, no te impacientes en tu sagrada tumba, ni culpes por débil á un pueblo cuyos únicos delitos han sido la honradez y la generosidad de tí aprendidas. La música que lleva tu apellido inmortal es tu sombra, es el alma tuya que recorre los campos en los días de santo combate.



El presbítero á quien iba dirigida la anterior carta me contestó en estos términos:

—Todo eso será muy bonito, pero no es verdad: es más poético el canto llano. Diviértase usted mucho.

—

Conste, pues, que el canto llano es más patriótico que el himno de Riego (!!!).



HECHO HISTORICO

El año 1844 sucedió en Aragón la siguiente escena:

Érase una respetable señora, cristiana y católica, que solía confesar sus pecados dos veces al año. Esta señora, confiando en la bondad de un cura que por aquel entonces gozaba fama de hombre ilustradísimo, acudió una mañana á la iglesia donde el citado cura recibía confesión á los pecadores.

La señora estaba en cinta, y ya fuese porque sus ocupaciones domésticas se lo impidieran, ya porque su interesante estado la obligara á no salir con mucha frecuencia de su casa, es lo cierto que había dejado de oir algunas misas en los días de precepto.

Grande remordimiento tenía la pecadora de haber faltado á sus deberes de católica, que en la santa buena fe de la provincia, los granos de

arena parecen montañas, y faltas leves suelen ser elevadas por la opinión de las gentes á la categoría de pecados gordos.

Llegó, pues, á los pies del confesor medrosa y contrita: y después de las fórmulas usuales, comenzó á exponer su *crimen.*

—¿Habéis perdido misas? preguntó el santo varón abriendo los ojos desmesuradamente.

—Sí, padre.

—¿Cuántas?

—Algunas.

—¿No recordáis el número?

—No lo recuerdo.

—Por mi nombre, exclamó el confesor, que valiérale á uno más ir á sacar piedras del río, que estar aquí oyendo tales infamias. ¿Con que habéis perdido misas?

—Sí, padre.

—Recordad, recordad el número.

—No lo recuerdo; ¿queréis que mienta?

—¡Lo que yo quiero es que vuestra alma no se pierda!

Momentos de silencio, durante los cuales el confesor toma un polvo de rapé.

—Decidme, continuó, ¿vuestro esposo puede disponer de bastante dinero?

—Sí, puede.

—En ese caso, no estáis tan perdida como pensábamos. ¿Habéis faltado á misa porque vuestro estado no os lo permite?

—Por eso mismo.

—Pues bien, de aquí en adelante, por cada misa que perdáis, echad una peseta en el cepillo de las ánimas, y sale la cuenta.

—Pero señor, ¿la práctica de la religión cristiana puede evadirse por dinero?

—¡Callad, y haced lo que os digo!

—No lo haré padre, porque me parece indigno.

—¡Ah! ¿no queréis? ¿Persistís en pecar y en ofender á Dios? Pues bien, sabedlo todo; os anuncio que antes de ocho días vais á malparir y se os van á llevar los demonios.

....

La señora se retiró asustada, temblando de miedo.

Desde aquel día estuvo esperando el momento terrible del aborto y rogando á Dios que la perdonara...

A los ocho días dió á luz un niño.

La profecía del cura no se cumplió. El niño nació robusto como él solo, y desde entonces su cariñosa madre se ha dedicado á quererle con alma y vida.

Hoy, el hijo de aquella señora, va á misa cuando puede, y cuando no, no va; porque conoce la historia de los ocho días anteriores á su nacimiento, y dice para sus adentros: aunque yo no vaya á misa, todo se reduce á pagar treinta y cuatro cuartos de tributo á los curas.

Me privaré una noche de ir al paraíso del Teatro Real, y saldré del apuro.

¿Será necesario, lector amable, que me explique más claro, para probarte que el hecho que acabo de referir es histórico?

Pues bien, el reciennacido era yo. La señora *condenada* por el confesor... mi madre.



LA LETANIA LAURETANA

I

Ustedes ya sabrán quién es el Papa.

Por supuesto que aunque no lo supieran, no perderían nada; pero en fin, los hombres públicos están en el mundo para que todos los conozcamos, y al fin y postre el Papa, según mi entender, es un hombre público como otro cualquiera.

El Papa, pues, ó Pío Nono, ó el señor de Nono, como le llamaba un torero á quien yo conozco, es el jefe visible de la Iglesia; el sucesor de San Pedro, y aun hay quien se atreve á llamarle el rey de Roma.

Sigamos adelante.

¿Ustedes conocen al Papa, eh?

Pues bien, ese Papa, que según todos sabemos, tiene un palacio en Roma, con salones espaciosos, con alfombras riquísimas, con muebles de palo santo (porque entre los defensores

de la Iglesia todo es santo, hasta el *palo*, ese excelentísimo señor está pobre, según aseguran los neo-católicos españoles; no tiene un cuarto para hacer cantar á un presbítero, está *tronado*, como vulgarmente se dice.

Esto es público y notorio; los curas lo vociferan desde el púlpito, y los periodistas lo aseguran desde lo más alto de las columnas de sus periódicos. Sensible es ver á un hombre sin recursos. Yo siento mucho que el Papa esté atacado de *sindineritis*, pero ¿qué remedio? todos tenemos nuestros apuros.

Los amigos del Papa, que son muchos, han pensado en favorecerle, y yo alabaría tal proceder si quisiera; pero no quiero. Por eso digo que lo alabaría.

Tengo mis razones para salir al encuentro de los amigos del Papa.

La invención de las suscripciones en favor de los desgraciados, partió de las filas liberales, como todo lo que es filantrópico sin farsa y digno sin cómicas exageraciones.

Era el año 54: había muerto Brú alevosamente en Valencia, y un periódico democrático tuvo la feliz ocurrencia de promover una suscripción con el santo objeto de recaudar fondos para aliviar la suerte de la viuda y huérfanos de aquel malogrado ciudadano.

Los periódicos neo-católicos y el partido absolutista en masa se declararon en contra de la

suscripción, protestaron de aquel *escándalo*, y desde entonces combatieron tales obras de caridad calificándolas de *abuso*, de *socaliña* y de cosas por estilo.

Pero la desgracia, que, como el amor, no reconoce clases ni estados, ha clavado su garra homicida en el *padre de los fieles;* á cada uno le llega su San Martín, y hé aquí que el Papa necesita *cumquibus*.

Los neo-católicos se reunen, se ponen de acuerdo, trazan su plan, y promueven una suscripción en favor del Papa.

¿Qué quiere decir esto?

Quiere decir:

O que el Papa vale más que todos los liberales juntos, lo cual es muy discutible;

O que los neo-católicos no reparan en pelillos cuando llega el caso;

O que el dinero que recaudan no es para el Papa.

Esta última suposición no cabe en lo posible; porque los neo-católicos son todos ellos muy dignos, muy honrados, muy probos, muy virtuosos. Ahí está D. Cándido Nocedal que es el modelo, el *jefe visible* de la banda nea.

II

La suscripción promovida por los neos se titula *La letanía lauretana*.

Esto de poner un título á una serie de titulejos me recuerda los de EL TEATRO, *galería de obras dramáticas y líricas,* ó LAS MIL Y UNA BARBARIDADES, colección de *cuentos* ó EL CUERNO, sociedad tauromáquica.

Pasemos por el título y veamos lo que al título sigue.

Cada uno de los individuos que den dinero para el Papa, tiene el deber de añadir á la expresión de su donativo un lema *ad hoc,* que ha de ir unido á un versículo de la letanía de la Virgen.

De donde resultan parrafitos por este estilo:

—Una viuda: *virgo potems;* catorce reales.

—Un estudiante de teología: haced, señor, que vuestra ira descargue sobre los malvados que escriben en los periódicos liberales; veintidos reales. *Federis arca.*

—*¡Rosa mística!* maldito sea el director de *La Democracia* y sus redactores; tres reales y medio.

—*Turris eburnea;* Virgen de mi corazón
que velas por nuestro padre,
conseguid mal que les cuadre
que mueran los progresistas de un reventón.

—Una señora con tres niños, veinticuatro reales.

—*Kirie eleyson*: un propietario de Vitigudino os ofrece, excelso padre, su vida y su hacienda si fuera necesaria para hacer un destrozo. ¡Vuestro poder vale mucho! Tres cuartos.

¡Ay que placer tan grande á los mortales
mandarle al Padre Santo cinco reales!

—Una señora que odia al progreso. *Santa Dei Genitris*, cinco reales.

—Recibid, gran señor, esas seis pesetas en prueba de mi amor á la causa grande. *Santa Virgo Virginum:* un caballero que padecé constipados, veinticuatro reales.

—Juana Biombo, ama de cría, por ella y por la criatura, *Ora pro nobis*, dos reales.

Antonia Noteuntes y sus siete hermanos pequeños; salud y gracia, *Salus infirmorum*, seis reales y medio.

—¡Ay padre mío! ¡Ay fatigas! ¡Ay! ¡ay! Felipa, te veo; diez y siete reales. *Refugium pecatorum*.

—¡Qué lástima y qué dolor,
la chata de los lunares
con fósforos se mató!

Andrés Meluzco, *Agnus dei*, cuarenta y dos reales.

—Un corazón estropeado, *Miserere novis*, seis cuartos.

—*Santa Trinitas, unus deus;* ayúdeme usté á sentir; ofrenda mensual, treinta y cinco céntimos; un presbítero que está triste.

—*Spiritu sanctu deus*, una señorita que usa botas altas; diez y seis reales por ella y su papá, todos los meses.

Díganme ustedes ahora, después de sacar el

ovillo por el hilo, si hay quien resista á la tal *letanía*.

A mí lo único que se me ocurre, es exclamar, parodiando el estilo del Sr. Aparissi y Guijarro:

¡Ah, señores! ¡Ah! ¿Debemos dar dinero para el Papa? ¡Ah, qué dinero! ¡Ah, qué Papa!



A LAS MUJERES ESPAÑOLAS

El recuerdo de la *Letanía lauretana* me ha traído á la mente otro no menos importante.

He observado, y conmigo todos los periódicos liberales, que en la lista de las personas suscritas á la *Letanía*, nunca bien ponderada, el número de mujeres excede con mucho al de los hombres.

Esto merece la pena de ser estudiado.

Las mujeres españolas repugnan nuestras luchas políticas; todas ellas se limitan á sus deberes domésticos ó á sus distracciones sociales; y las pocas que *se dedican á la política*, permítaseme la frase, profesan en cuerpo y alma la doctrina neo-católica.

No es preciso ser un lince para comprender el *quid* de cuestión tan importante. Los señores curas son más activos, es decir, más malicioso, más profundos en la propaganda de sus ideas

que nosotros en la de las nuestras. Ellos saben que la base de toda sociedad está en la familia, y penetran en el seno de la familia afables y cariñosos, son capa de apóstoles de la religión, cuando en realidad no son más que apóstoles de la causa realista.

Ellos saben que la mujer domina en el marido, por rehacio y violento de carácter que este sea. Ellos saben que la madre domina en el hijo, y la hermana en el hermano, y la abuela en los nietos. Ellos vierten sus ideas en el corazón de las mujeres, porque de este modo pueden llegar á hacer suyo el corazón de los hombres.

Id á la provincia, id á la aldea, y hablad una noche alrededor del hogar, en el seno de la familia, de liberalismo y de progreso, de libertad y de democracia. Seguro estoy de que la anciana se horrorizará de vuestro lenguaje y recordará con placer *¡sus tiempos!* aquellos tiempos de Carlos IV y María Luisa. La joven sonreirá maliciosamente al oir vuestras palabras y os dirá que estáis locos de atar; y el honrado hijo del lugar que ha pasado el día junto á aquellas dos mujeres, os llamará revolucionarios y trastornadores.

Por más que os empeñéis en definir lo que es progreso, lo que es civilización, lo que es libertad bien entendida, no os harán caso. Todos ellos tienen arraigado en su mente este catecismo:—¿Qué son liberales? Unos hombres

amigos de bulla y de jarana, que sólo quieren echarse á la calle para echar abajo al gobierno. —¿Qué son demócratas? Unos hombres *descamisados* que quieren repartirse los bienes de los demás.

No os empeñéis en probar lo contrario y no queráis probar que la libertad no es eso, que la democracia no es eso. Os responderán que están seguros; porque son gentes tales que se dan por contentas con que *haya paz,* aunque paguen dobles diezmos y tributos; son gentes que aseguran que el mejor gobierno es aquel que no permite que haya motines y milicias nacionales «que tienen en un pie á toda la casa;» son gentes tales que prefieren sufrir el palo sin que haga ruido, que hacer ruido para ver á quién debe tocarle el palo. Y por último, para terminar sus argumentos exclamarán con la sonrisa del justo: ¡Ah! *bien dice el señor cura...* Ahí tenéis el orígen, ahí tenéis al cura en puerta. Ahí tenéis la propaganda.

Allá en los Estados Unidos, las mujeres se coaligan, se reunen para hacer de un sexo débil un sexo fuerte, intervienen, si es necesario, en los asuntos del Estado; tienen voz y voto, y si llega un caso de necesidad saben combatir como los hombres, porque los hombres son sus padres, sus hermanos, sus hijos; porque ellas son de los hombres como los hombres de ellas... Aquí no sucede eso; aquí cuando un hombre se

mezcla en asuntos políticos, las mujeres que le rodean desaprueban su conducta y su amor á la causa pública; cuando llega un día de revolución y un hombre coge un fusil y va á lanzarse á las calles, las mujeres de su casa le detienen, le impiden que salga á luchar por su patria y sus derechos; cuando un hombre dice que es liberal y se acerca á una mujer para amarla, para llamarla su compañera, la familia de esta mujer, tal vez esta mujer misma, hacen caso de consulta el terrible caso de introducir á un liberal en la familia. Cuando un hombre muere fusilado por patriota, las mujeres de su familia reniegan de la idea política que aquel hombre representaba; y si el fusilado ha dejado un hijo sobre la tierra, la viuda del patriota, la madre de aquel hijo le dice:—¡Hijo mío, huye de la política, no seas como tu padre!—Cuando un hombre pronuncia un discurso ante el público, no hay ni una sola mujer en el auditorio; cuando un hombre reniega de sus ideas de libertad para hacerse hombre de *orden*, su mujer, sus hermanas, hasta su madre, todas se alegran de que el país pierda un hombre liberal y la nueva idea un defensor honrado. ¡Esto sucede aquí, en la España de los hidalgos y de las heroinas; en la España de Isabel la Católica y de Juana Coello, de María Pacheco, de Agustina Aragón y de Mariana Pineda!

Pero cuando un hombre hace todo lo contra-

rio; cuando se aleja por completo de la atmósfera política en que respiran sus semejantes; cuando se dedica al rezo y á la oración de un modo visible, muy visible; cuando hace alarde ante los amigos de su familia de que *él no lee periódicos*; cuando ingresa en las cofradías y en las sociedades religiosas, y sabe ayudar á misa, y lleva vela en las procesiones, y pasea fuera de puertas con un cura ó dos, y sabe de memoria el calendario, y se suscribe á los libros religiosos, y hace otras muchas cosas á estas parecidas, por más que este hombre tenga *distracciones* en su vida de casado, ó *ligerezas* en su vida de soltero, ó *debilidades* en su vida pública, ó faltas graves en su vida privada, las gentes que le rodean, y sobre todo las mujeres que le conocen, exclaman al verle:—Allá va D. Fulano; ¡qué apreciable sugeto!

Este caso incomprensible, unido á otros muchos *casos* como él, constituye la enfermedad moral que es orígen de la raquitis de los pueblos; la familia, encerrada en el círculo de hierro del egoismo, enerva las facultades del individuo, y los países que así se arrastran invisibles marchan detrás de la civilización y del progreso como el mendigo que va detrás de la boda de una familia rica por si alguna migaja se desperdicia y puede aprovecharla.

Si yo tuviera la autoridad bastante para dirigir mi voz al sexo más respetable, me colocaría

en lo más alto de la columna del progreso y diría:—Mujeres, vosotras sóis las madres, vosotras sóis las esposas, vosotras sóis las amigas, las inspiradoras del hombre. ¿Por qué os lamentáis de vuestra insignificancia y de vuestro humilde estado, cuando podéis ser las iniciadoras del gran movimiento social de vuestro siglo? ¿Vale más para vosotras el hombre de la Iglesia que el que pasa el día trabajando y ganando vuestro sustento y labrando vuestra dicha? Venís al templo á escuchar la voz del sacerdote engalanadas con el flamante traje que vuestro amado compañero compró á subido precio para vosotras. ¿Y será más digno de vuestra estimación el sacerdote que el esposo?

Vosotras sóis el alma del mundo; vosotras sóis los filósofos del amor, vosotras sóis la *mitad* del género humano. Dad un paso adelante y vuestra regeneración está hecha. Sóis las que alimentáis en vuestro seno al hombre; pues bien, dad hombres á la patria.

ECCE

PERO..... ¿para qué hay que incomodarse tanto? Los señores curas se alegrarían si yo tomara en serio estas *pequeñeces*. Mejor será apelar al ridículo. Pongamos de muestra á las víctimas de la superstición y de la farsa religiosa.

¿Quieren ustedes oir una tasación muy curiosa?

Pues héla aquí tal cual la ha publicado y comentado un periódico progresista hace muy poco.

Dice así mi querido colega:

«TASACIÓN. Anoche publica una muy curiosa de diferentes objetos *El Pensamiento Español* al frente de su periódico, algunas de cuyas partes son bastante curiosas, y vamos á reproducir, tomándolas de su llamada *Letanía lauretana*.

Según dicho periódico, valen:

El profesor de latinidad y los estudiantes de Orduña, 92 reales.

Siete católicos, 200.

Veinticuatro cupones del empréstito pontificio, 0.

Manuela María Franco, 10.

Un devoto, 40.

Una señora, 10.

Robliza de Cojos y un devoto, 10.

Doce devotos y devotas de *Serón*, 28-25 céntimos.

Un cursante de filosofía, 4.

Sedes sapientiæ y otro estudiante de filosofía, 4.

La estrella matutina y un devoto por sí y su señora, 10.

Ventas con peña, Aguilera y Fermín Calleja Puertas, 10.

Limpias, 20.

Un sacerdote, 4.

El alma del marqués de Pimodán, unos cupones del empréstito pontificio de nueve reales y medio cada uno.

Y por este estilo sigue *El Pensamiento* ensartando desatinadas irreverencias, en que se involucran las cosas profanas con las más sagradas, con notable detrimento de la religión, y no menos notable del sentido común.

Por su parte *La Esperanza* pone una lista de la *Letanía lauretana*, en la que se encuentra la siguiente inscripción:

«Un pecador os pide que al exhalar el último suspiro, le abráis la puerta del cielo.—Joaquín Maestre Abogado, 4 reales.»

Muy barato compra este señor Abogado. Por 4 reales no se alcanza más paraíso que el del Teatro Real.»



OPINIONES ACERCA DE LA PENA DE MUERTE

EPÍSTOLA

El día 30 de Septiembre de 1865 recibí la siguiente carta:

Sr. D. Eusevio Blasco

En el número del periódico *La América,* correspondiente al día 27 del actual, he visto un repugnante artículo firmado por usted, y en el cual, bajo una forma incisiva y hasta si se quiere brillante, trata usted de ofrecernos un caso raro con respecto á la pena de muerte. Siempre le he tenido á usted por un joven dejado de la mano de Dios y de nuestra Santa Madre la Iglesia, impregnado de la lectura de autores perniciosos y defensor de una causa falsa y dig-

na de desprecio, quiero decir la liberal. Si mi estado de presbítero y padre de las almas no me lo impidiera, le había de hacer saber á usted cuántas son dos y tres, porque es un escándalo lo que en este país viene sucediendo, de que todas las causas falsas y dignas del mayor desprecio encuentren defensores y propagandistas por todas partes; pero día llegará en que esto se acabará, Dios mediante, y entonces se habrán ustedes fastidiado todos y la Iglesia estará en su verdadero lugar mal que les pese á ustedes, porque aquí no hay respeto á nada, y esta es la opinión general, y yo tengo á mi padre enfermo á causa de un disgusto que le ha dado la desenfrenada prensa liberal de esta nación de bandidos. Pero voy al asunto, y le digo á usted que sin fijarme en el caso inverosímil y brutal que usted nos presenta en su artículo, la pena de muerte es una de las cosas más acertadas que tiene nuestro Código penal, y citar, como usted cita, la frase aquella de Lammenais es lo mismo que no decir nada, porque Lammenais, para mi modo de ver, no ha comprendido una palabra del santo libro. Lea usted á Balmes, y allí verá usted razones sólidas y verdaderas que le prueben hasta qué punto es necesaria la pena de muerte en España. Bien se conoce que es usted un muchachuelo de veintiún años, y esto se lo digo á usted porque le conozco, y ya hace tiempo, y también

á su apreciable familia. Bien se conoce que es usted un niño, y que juzga las cosas sin fundamento de ninguna clase. Suyo afectísimo,

P.

Madrid, etc.



Artículo objeto de la carta anterior

I

El sacerdote acababa de murmurar algunas palabras de consuelo al oido de Cristián, que las había escuchado guardando un silencio profundo.

Las cuatro sonaban en varios relojes. Era el día 7 de Enero.

Menuda lluvia azotaba la reja de la capilla.

Delante de un sencillo altar chisporroteaban con monótono ruido dos cirios de color amarillo.

—Dejadme, había dicho Cristián así que el cura terminó su plática. Y el cura le dejó solo.

II

Cristián estaba tendido en un jergón de paja seca, que crujía á cada movimiento del reo.

Respiraba fuertemente; de vez en cuando alzaba los ojos en dirección al Cristo que había en el altar, le miraba con fiero semblante y rechinaba los dientes.

Alto de pecho, fornido y membrudo, de aspecto galán, de continente altivo, de hermosura salvaje, de condición valerosa, de corazón generoso, de alma grande, Cristián iba á entregar su robusto cuello á la argolla.

¡Oh! y cuán hermoso estaba cuando elevando al cielo la mirada, crispando los puños, alzando los hombros, apercibido á fiera lucha con el destino, murmuraba frases inconexas, lanzaba imprecaciones, se retorcía y rugía como el león aprisionado, renegando del momento en que llegó al mundo y saludó llorando á la naturaleza.

No de otra manera el ángel rebelde debió mirar al Señor cara á cara.

Y Cristián tenía razón, allá en el fondo de su conciencia.

Porque era inocente.

III

Había tenido un amigo que se llamaba Carlos Peralta. Este Carlos Peralta, á quien Cristián ıería mucho, sentía amor por una mala mujer amada Carlota. Carlota hirió de muerte el mante corazón de Carlos; Carlos se mesó los

cabellos, y Cristián no podía sufrir en calma que Carlos fuera desgraciado. Desesperado el amante, celoso con horribles celos, juró vengarse de la ingrata, y Cristián, mudo testigo del juramento, abrazó á su amigo y le repitió que le quería mucho.

Una noche, Carlos salió de su casa con los ojos inyectados en sangre. Siguióle su amigo y le vió dirigirse á la casa de Carlota.

Cuando Cristián entró en el aposento de aquella mujer, vió un cadáver ensangrentado á los pies de una cama, y un puñal, también ensangrentado, en el suelo.

Cristián, como todas las almas buenas, sufría viendo sangre cerca de sí; quedóse como petrificado, y á poco espacio cogió el puñal que en el suelo estaba.

Reconoció en él uno que le había regalado él mismo á su amigo.

En tal punto entró la justicia.

Prendieron á Cristián. Le preguntaron, le dijeron que declarara... no dijo nada, ni una sola palabra. Decir la verdad, era delatar á un amigo. Negarla era mentir. Cristián calló porque era digno y generoso.

Carlos había desaparecido.

IV

Los tribunales son inexorables. Un fiscal es una máquina de acusar. Un abogado es á veces

un sofista sublime, pero al fin y al cabo, un sofista. La opinión pública se engaña con harta frecuencia. La verdad es más difícil de encontrar de lo que parece. Cuando un hombre es cogido en un aposento donde hay un cadáver fresco; cuando este hombre tiene en la mano el ensangrentado puñal con que ha sido inmolada la víctima; cuando este hombre está pálido y desencajado y se turba al ver entrar á la justicia, y no responde una palabra y mira con torvo ceño á los alguaciles; cuando la víctima á quien se le pregunta tres veces *¿muerto, quién te ha matado?* no responde... entonces no hay que dudar, las señas son mortales, las circunstancias agravantes, Cristián es un asesino y merece morir en el garrote.

V

Volvamos á la capilla. Allí está Cristián tendido boca abajo sobre el jergón, haciendo pedazos la tela con los dientes, echando espuma por la boca, como el caballo salvaje cogido en el lazo.

Los cirios chisporrotean. Anochece. Los muchachos pasan cantando por la calle. A lo lejos se oye una música; el carcelero tararea una canción obscena mientras pasa de un calabozo á otro. El mundo se divierte y Cristián llora.

Después habla consigo mismo.

—«¡Morir!—exclama—¡morir! ¿Y por qué?

¿Me prohibísteis nacer? Por qué me prohibís vivir? ¡Malditos seáis todos! ¡Ah! ¿Por qué he nacido?

Cristián decía lo mismo que Fausto cuando vió elevarse á Margarita.

¡Oh!—continúa—yo no debía delatar á Carlos; yo no debía mentir, por temor á cuatro miserables corchetes. Yo no debía responder una palabra.

Y callé. Y soy el criminal, el verdadero asesino... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¡Bueno es el mundo! ¡Cantad los poetas; hablad, hablad ahora! ¿Qué decís á ésto? ¡Yo siento morir tan pronto! Sí, lo siento con toda mi alma. ¡No hace más que veinticinco años que existo..... El mundo me agrada, me seduce, la vida me es necesaria y estoy pegado á ella como la ostra á la concha, y yo quiero vivir, quiero vivir á toda costa!

Carlota debió resistirse cuando Carlos se abalanzó á ella con el puñal levantado... á mí me van á matar y no puedo resistirme... á mí me ha de coger un asesino pagado por la ley, y tranquilo, sereno, tal vez sonriendo, cortará el hilo de mi vida...

«Me hablan de Dios, de resignación, de calma...» y Cristián mira al cielo, y crispa los puños, y rechina los dientes.

El sacerdote aparece de nuevo.

VI

Es un anciano de faz bondadosa, de mirada tierna y consoladora. Trata al reo como trataría á un hijo.

—Hijo mío, le dice, pensad en Dios, que os está esperando con los brazos abiertos. Reflexionad en las dolorosas consecuencias de un momento de extravío, y corred un velo sobre vuestro pasado. El porvenir es lo que ahora os interesa; un momento de arrepentimiento y os aguarda un porvenir de gloria. ¡Cuán feliz vais á ser, hijo mío, dejando vanidades mundanas, abandonando una sociedad llena de escollos, para pasar á otra vida mejor, y de eterna dicha para el alma!

Cristián se retuerce de nuevo en su lecho.

El sacerdote continúa:

—Habéis cometido un crímen, pero os será perdonado. Arrepentíos. Dios es misericordioso, y si alguna vez brilla en el orbe el rayo de su justicia, no es menos cierto que sus brazos están siempre extendidos para recibir á la oveja descarriada que vuelve al redil arrepentida.

Y repitiendo palabras cariñosas, vuelve á salir el cura.

VII

Cristián pide recado de escribir, varios libros, y algunas botellas.

Complacido que es en su deseo, escribe dos cartas.

La una para su madre. La otra para su novia.

Cristián ama á aquellas dos mujeres con pasión inmensa.

Sus amores con una honrada joven que le ama como sólo se ama una vez en la vida, le ofrecían un porvenir de paz y de ventura que todos le hubieran envidiado.

Cristián iba á casarse cuando le cogieron preso. Iba á casarse con su adorada María, que es un ángel. ¡Ah! ¡Qué proyectos y cuántos habían formulado los dos para lo sucesivo! Con lo que Cristián ganase, vivirían modestamente en el pueblo donde nacieron. Con la dote de María y los ahorros de Cristián, comprarían una casita, cerca de la vega, con un huerto y vistas al campo. Allí pasarían los veranos, repitiéndose que se amaban, y cuidando solícitamente á la madre, que se miraba en ellos. Después, cuando Dios fuere servido de darles un hijo, le educarían en santo recogimiento, le enseñarían á andar por los senderos del jardín, le acariciarían, le comerían á besos. La cariñosa abuela se encargaría de enseñarle á rezar, y á pronunciar las primeras palabras; poco á poco iría pasando el tiempo; Cristián, trabajador y honrado, habría hecho un capital, pequeño pero suficiente para asegurar la vejez del matrimonio. Y cuando yo muera—había dicho Cristián—

todo quedará arreglado en mi casa, mis amigos no tendrán que murmurar de mi vida, mi esposa llorará mi muerte, y vendrá todos los domingos con mis queridos hijos á poner flores en mi sepulcro, y mis hijos podrán decir un día, como lo dirá todo el mundo, «allí están, debajo de aquella losa, los restos de un hombre de bien.»

VIII

Pero la suerte lo quiso de otro modo. La esposa de carne y hueso, se convirtió en *esposa* de hierro. La casita y el huerto, en oscuro calabozo; el verdugo se había encargado de variar el desenlace del drama, y la voz de la opinión pública se alzaba majestuosa é imponente sobre la cabeza de Cristián y murmuraba:—Hé ahí á un miserable asesino que ha matado á una mujer indefensa.

IX

Cristián está leyendo. El cura vuelve á entrar en la capilla.

El reo alza la cabeza, y sin decir un palabra, señala con el dedo dos renglones, para que el sacerdote los lea.

«La pena de muerte fué abolida hace diez y ocho siglos, sobre la cruz de Cristo.»

8

El sacerdote se retira derramando dos lágrimas.

Entonces Cristián arroja el libro al suelo, coge con convulsa mano una botella, y la apura de un trago.

Sus dientes castañetean, su vista se extravía, el alcohol le abrasa las entrañas, su respiración es penosa, dá un grito, y su cabeza rebota en el suelo.

X

Un sueño, una visión, una cosa indescriptible, le atormenta el alma. En medio del espasmo en que se encuentra, se ve encerrado en un círculo de fuego que le consume y le devora. A sus pies hay un cadáver ensangrentado. A la derecha un país adornado con las galas de una vejetación tropical, y una casita de campo, blanca como una paloma de los valles, á cuyas tapias asoman curiosos los limoneros y los cipreses del huerto. A la izquierda, un tablado con un palo, un banquillo y una argolla. Una anciana y una joven le arrastran hacia la derecha, haciendo esfuerzos desesperados, mientras que el verduga, forzudo y vigoroso y sonriendo de una manera feroz, le arrastra hacia la izquierda. Allá á lo lejos, un caballo hostigado por un jinete, s aleja á escape tendido del lugar de la escen entre una nube de polvo. Es Carlos que huy

Cristián ruge, blasfema, se desgarra el pecho, suplica, implora, ríe, insulta, solloza...

Está amaneciendo.

XI

El verdugo entra á pedir perdón á Cristián por la muerte que va á darle.

Cristián hace una inclinación de cabeza cual indicando que perdona.

La hora de la ejecución se acerca. Cristián es vestido con el traje de los que van á morir en el cadalso, y se le ofrece un asno por cabalgadura.

La carrera está concurridísima. Todo un pueblo ha acudido á presenciar el sacrificio de un hombre.

Cristián no esperaba esto. Cristián, que es bueno, no podía comprender que todo un pueblo gozara en su muerte.

Estaba convencido en su conciencia, de que haría la carrera de la capilla al cadalso, sin encontrar al paso más que media docena de curiosos de mal corazón, de esos que están en el mundo, para que en el mundo haya contraste.

Pero se ha equivocado. Una multitud inmensa, apiñada á ambos lados de la carretera, se estruja, se aprieta, se abalanza ávida de contemplar el rostro de un hombre que va á entregar el cuello al verdugo.

Y allí no reina el silencio imponente que preside á los actos graves, no. Allí hay risa y chacota y ruido y algazara; y hay niños, y hay mujeres, ¡sí, también hay mujeres!

Cristián cierra los ojos horrorizado. Le parece que él es el único hombre honrado entre tantos miserables como le están mirando.

Sube los escalones del tablado, mira por última vez al cielo, y escupe á la multitud, rugiendo de ira.

El verdugo le mata. La fiesta es terminada.

XII

Al siguiente día un periódico publicó las siguientes líneas:

«Ayer presenciamos la ejecución del desgraciado Cristián... Su muerte fué tan extraña como lo había sido su vida. Antes de morir, escupió al pueblo que había acudido á presenciar la ejecución. Después se sentó con horrible calma en el banquillo, y á los pocos minutos la justicia de los hombres estaba cumplida.»

A los tres años de suceder lo que escrito queda, María, la adorada de Cristián, y la desdichada madre del mismo, huían de España ultrajadas, vilipendiadas, señaladas por el dedo de las gentes que blasonan de buenas.

Un viajero las ha visto pidiendo limosna e un camino de Normandía.

Y los periódicos españoles reprodujeron por aquel tiempo un *fait divers* de los periódicos franceses:

«El rico comerciante D. Carlos Peralta, aca- »ba de morir en París. Momentos antes de »abandonar el mundo, ha declarado solemne- »mente que él fué el verdadero asesino de »Carlota...

»Es decir, que el desgraciado Cristián... era »inocente.»

XIV

Es decir, que el mundo sigue riendo, mientras una familia llora. Es decir, que la sociedad no puede resarcir á dos pobres mujeres de la pérdida del hijo y del esposo. Es decir, y acabemos, que hay códigos bárbaros.



CONTESTACIÓN AL PRESBÍTERO ANÓNIMO

SEÑOR P. de mi alma: Desde que recibí su carta *sui generis* bulle en mi ánimo la idea de contestarle; pero como usted no ha tenido á bien decirme su nombre, ni siquiera su apellido, ni las señas de su casa, me ha sido imposible realizar mi idea.

Hoy que la publicidad viene en mi ayuda, aprovecho la ocasión de este libro para contestar en él á las cuatro *razones* que usted tuvo á bien dedicarme con tan pulido estilo como educación esmerada.

Y como quiera que al contestar necesite dirigirme á usted y nombrarle, y esto no me sea posible ignorando, como ignoro, su *gracia*, permítame usted que añada á la P de su carta algunas letras que formen un nombre cualquiera, y así nos será más fácil entendernos.

En primer lugar, señor *P*resbítero, yo siento mucho que mi artículo de *La América* haya pues-

to en tan delicado estado de salud á su señor padre de usted; pero ¿qué remedio? ¿Podía yo suponer que fuese tal la impresión que mis pobres renglones hicieran? Nunca he creído ser uno de esos escritores dotados de tal fuerza de sentimiento ó de convicción que llegan á poner malos á sus lectores. ¡En esta ocasión he agravado la salud del autor de los días de un presbítero! Doy al artículo de *La América*, y me doy á mí la más completa enhorabuena.

En segundo lugar, señor *P*elote, no es culpa mía si á usted no le ha gustado mi articulejo: usted puede tener en esta cuestión las ideas que quiera, y yo las que me parezcan mejores. En el mundo hay muchos pareceres acerca del más insignificante asunto. Usted cree que la pena de muerte es conveniente; pues yo creo que no, y Cristo con todos. Usted está en su derecho y yo en el mío. Usted puede sulfurarse y escribir un anónimo desvergonzado, y yo puedo callarme y reírme del anónimo y del autor. ¿Comprende usted, señor *P*elotilla?

Hubiera usted tomado la pluma y escrito otro artículo en contestación al mío, y es posible que una vez entablada polémica, usted ó yo nos hubiéramos convencido. Pero limitarse á escribir un anónimo, eso es lo épico de la barbarie lo sublime de la estupidez, carísimo señor elagatos.

Otra de las grandes razones que opone usted

á las que puede haber en mi artículo, es que bien se conoce que soy un chiquillo, y que conoce usted á mi familia. Lo primero lo siento por mis veintiún años de edad, que ningún daño le han hecho á nadie; lo segundo lo siento por mi familia. ¡Qué desgracia!

No debo ocuparme de los demás *extremos* de su apreciable epistoleja; están escritos de tal modo, que una persona decente no puede entenderlos. En casos como este, señor *P*erdigón, no sólo me estorba, sino que me irrita lo negro.

Si en su carta de usted hubiera *razones*, yo las contestaría. Si se tratase en ella de discutir, discutiera yo de muy buena gana. No hay nada de eso, y me limito á publicar la carta para que el respetable público la conozca. Y tal vez con esto consigamos una de dos cosas: ó que el público corrobore la idea que yo profeso de que hay presbíteros que escriben anónimos, ó que usted se enmiende y arroje la máscara, y en adelante se presente como enemigo franco y leal, que es lo que debe hacer un hombre digno.

Por lo demás, señor *P*eleón, celebro haber tenido esta grata ocasión de *conocerle*, y la aprovecho para ofrecerme suyo afectísimo S. S.

EUSEBIO BLASCO.

P. D. Le advierto á usted por lo que pueda convenirle, que *Eusebio* se escribe con *b*.

Dígale usted á su papá que se alivie.

PROHIBICIONES

Desde que el clero comenzó á cobrar el barato en el mundo católico, la libertad de pensar y de escribir padece intermitentes.

Publique usted un libro que no le agrade al Papa: ya está usted fresco.

Ha perdido usted el tiempo, el dinero y la edición, y la consideración de los curas. Sobre todo, esto último es horrible.

Llámese usted Víctor Hugo, ó Eugenio Sué, ó Martínez Villergas, ó Ceferino Tresserra. Escriba usted acerca de la teocracia en estilo grave ó en estilo festivo; diga usted la verdad en letras de molde, y tenga usted por seguro que le ha caído encima de su alma una excomunión de las mejores que se confeccionan.

¡Oh pavoroso cuadro! Las plumas se vuelven lanzas, y cada paso es un tropiezo.

Su libro de usted pasará á ocupar un lugar en el Indice.

Y si usted supiera lo que dicen los libros en el Indice... ¡ay! ¡ay! ¡ay!

¿Lo quiere usted saber?

Calle y escuche:



EN EL INDICE

SOÑABA el ciego que veía; es decir, soñaba yo que me hallaba en Roma, y que visitaba cuanto de notable encierra la ciudad de las siete colinas. Y por aquello de que nunca pierde uno la afición á lo bueno, ocurrióseme hacer una visita á la Congregación del *Indice.*

Era de noche, y *sin embargo llovía.*

Los cardenales dormían con el sueño de la inocencia, y los libros prohibidos se dieron á luz sin permiso del casero.

Apliqué el oido á una puerta y oí lo siguiente:

El Conde de Montecristo.—Buenas noches, queridos míos; ¿hay novedades?

Margarita Gautier.—Sí, carísimo conde, tenemos la casa llena de gente. Papá Dumas se ha visto precisado á permitir que los cardenales le arrebataran un nuevo hijo, y Luis Napoleón, á pesar de su talento demoledor, ha visto demoler

impasible su nueva obra, que ha venido á nuestro lado.

Julio César.—Servidor de ustedes.

Juan Valjean.—¡Hola *sans culot!* Tu padre y el mío se odian. ¡Te voy á arrancar algo!

Margarita Gautier.—Arráncale unas cuantas páginas que le sobran.

Julio César.—¡Oh! ¡no! M. Mocquard se enfadaría en su sepulcro.

El Judío errante.—A propósito: ahora recuerdo la voz que me dijo: *¡anda!* y me hizo andar por esos mundos como un peluquero en domingo. Pero ved lo que es el mundo: yo no puedo andar, á pesar de que debo andar, y andar, y andar... La Congregación del *Indice* me tiene aprisionado. Aquí me veis inmóvil, fijo, fumándome un cigarro de tres cuartos y faltando á mis compromisos.

Cuasimodo.—En cambio yo, que gozaba en repicar y andar por París á caza de gangas, me veo obligado á estar entre vosotros.

Artagnan.—¿No estoy yo también y callo?

Porthos.—¿Y yo?

Athos.—¿Y yo?

Aramis.—¿Y yo?

Monseñor Bienvenido.—¡Paciencia! Yo he cometido un gran delito: dejarme robar dos candeleros de plata.

Juan Valjean.—Aquí los tengo yo debajo de la capa de polvo que me cubre.

Julio César.—¡Cuidado con papá, que está un poco irritado!

Margarita Gautier.—¿Nos enviará á Clichy?

Juan Valjean.—Ya no es posible. Además, cárcel por cárcel, no estamos mal en ésta.

La Judía errante.—A ver si me dejáis dormir tranquila. ¡Qué guirigay!

Montecristo.—¿Guirigay? Eso parece un nombre español... ¿Quién es *Guirigay?*

Margarita Gautier.—Es un hijo de la prensa que debía estar aquí entre nosotros, pero que se ha evadido del compromiso, sin duda...

Juan Valjean.—Pues ése es de los míos.

Margarita Gautier.—Ahora tiene mucha influencia; su papá ha sido ministro...

A tal punto llegaban de su conversación aquellos personajes, cuando sentí una fuerte impresión en la cabeza.

Miré atrás, y ¡oh sorpresa!

Aquello era que yo me había despertado, y que después de andar, dormido, por los espacios imaginarios, había dado con un artículo.

Y tal como es, lo pongo á la disposición de ustedes y del señor juez de imprenta.

(Gil Blas.)



LA BULA

Este artículo lo dejo á la penetración de mis lectores.

Era un artículo de primera necesidad, según mi cuenta, y al fiscal le ha parecido un artículo de lujo.

Quiero decir, que ha tenido la bondad de prohibirlo.

Yo le doy un millón de gracias y vamos andando.

¡MILAGRO... MILAGRO!

Los periódicos neos de Madrid refirieron no há mucho tiempo con la mejor buena fe del mundo, el milagro de la sangre de San Pantaleón.

Consiste el milagro en que la sangre del santo, que está todo el año coagulada, en un día determinado se liquida, como se liquida una cuenta.

Un devoto quiso presenciar el milagro, pero no vió nada.

Temiendo que los periódicos se hubieran equivocado, se acercó á una vieja y le preguntó:

—¿Pues no era hoy el día de la sangre del santo?

—No, señor, respondió la anciana; á fin de este mes. Tal día como hoy se fué el santo al cielo.

San Pantaleón, según ha averiguado un ob-

servador que no debe de ser muy neo que digamos, era de familia noble.

Débese creer así, porque la sangre que del santo se conserva es azul.

Por este tiempo decía *La Regeneración* que todos los que reconocieran el reino de Italia estaban excomulgados.

Esto en el día en que la sangre corre
De San Pantaleón.
Vamos, no tiene entrañas, por lo visto,
La Regeneración.



SOBRE COSME

Uno de los documentos más curiosos de la historia de España, es, como todos sabemos, la protesta del señor Arzobispo de Tarazona contra el reconocimiento del reino de Italia.

En dicha protesta asegura, entre otras cosas, que él no quiere servir al ojo.

Al leer esto no pude menos de recordar aquello de

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!

*
* *

Añade el respetable joven que el reino de Italia es un reino *aéreo*.

Esto me recuerda aquella redondilla de las ...jas de fósforos:

Rápido, sutil, ligero,
aéreo fugitivo, leve,

soy del siglo diez y nueve
el retrato verdadero.



Y continúa el apreciable expositor citando proverbios:—El que tira una piedra á lo alto, sobre su cabeza caerá; y el que cava *en hoyo, caerá en él.*

¿No sería mejor que en lugar de escribir protestas se entretuviera su merced en tirar piedrecitas al alto?



El señor Obispo dice que él es español puro y *sin aditamento.*

¡¡Sin aditamento!!

Ahora sí que me asusto.



Por último, el Obispo asegura que leyó con *gran escándalo* el discurso de Posada Herrera.

Yo no creí que un Obispo fuera tan escandaloso.

Digo, si cuando lee escandaliza, ¿que será cuando ronque?

De seguro alborota la casa.



PARA EL ÁLBUM DE UN CURA

Un periódico recordaba no há muchos días estos versos:

> ¡Llorad, llorad, humanos;
> Todos en él pusísteis vuestras manos!

¡Ah! Cuando yo veo el desdichado papel en que se imprimen *El Pensamiento* y *La Regeneración*, no puedo menos de decir, mostrándole á los redactores:

> ¡Llorad, gentes ingratas;
> Todos en él pusísteis vuestras patas!



EPISTOLAS NEAS

Los neo-católicos se han propuesto matarnos á berrinches.

Y como son gentes que llaman á Dios de tú, ¡ya se vé! no hay Dios que pueda con ellas.

Comenzó el período electoral, período más temible que los de un artículo de Ferrer del Río, y los señores católicos, que tienen tanto de católicos como de señores, han cogido ¿y qué han hecho? Escribir cartas á todo el mundo y algunas provincias más, recomendando candidaturas de esas que los inteligentes llaman *pistonudas*.

Verán ustedes:

UN OBISPO Á UN PRESBÍTERO

Hermanito, ya vé usted el estado á que han llegado las cosas; ya vé usted á qué precio están

las patatas; ya vé usted qué botas gastan las criadas de servicio; pues bien, esto indica un movimiento social que á mí me está tiñendo los mofletes, y á usted le debe tener hecho un santo de pasta-flora.

¿Y á que no sabe usted el remedio de tantos *estru*picios?

Pues ese remedio está formulado en la siguiente receta:

Póngase á fuego lento á Gabino Tejado, combinado convenientemente con D. Cándido Nocedal, y adherido, en el sentido honesto de la palabra, con el señor de Catalina; revuélvase bien esta mistura con un palo santo, y échese al Congreso de los diputados á ver lo que resulta.

La paz del Señor sea con usted y conmigo, pero conmigo especialmente. Póngame usted á los pies del ama.

EL SEÑOR APARISSI Á UN VALENCIANO

Amigo mío. ¡Qué país, qué paisaje y qué paisanaje! ¡Ah, qué paisanaje! ¡Ah, qué paisaje! ¡Ah, qué país! Aquí me tiene usted á mí, que al cabo de mis años estoy en el triste caso de no saber á dónde voy á parar. Me he decidido á retirarme á la vida privada, á comer arroz y á ir á la *Armonía* de cuando en cuando. Sí, señor, no me dejo votar, soy la antítesis de cualquier

fragata, el viceversa de un falucho. ¿Si estaré desesperado, que ayer me comí un cochinillo con setas? ¡Ay, amigo mío! esto se vá, y yo no me meto en barullitos.

Pero no por eso dejo de defender, apoyar y precipitar á mis amigos.

¿Conoce usted á D. Francisco Villoslada?

¿Verdad que es guapo? ¿A que le gusta á usted?

—¡Pues ea, valor! Vote usted por él, y digamos con el ángel, el reino de Italia no se debió reconocer, y el que no opine como yo, es un atroz, un atroz dos y tres veces, un atroz elevado al cubo.

DON GABINO Á SUS ELECTORES

¡Católicos!

Desde lo alto de *El Pensamiento,* cuarenta y cinco monaguillos me contemplan.

¿Me explico?

Yo soy un hombre liberal, hasta cierto punto, y sé escribir un artículo, y rezar una parte de rosario, y freir un par de huevos. ¿Pues no sé bastante?

Si me nombráis diputado os prometo poner un campanario en cada casa, un santo en cada esquina y un punto en cada i; ya veis que me salgo de mis costumbres.

Votad, votad, que el Señor os lo pagará si no pedís mucho dinero.

DON CÁNDIDO NOCEDAL Á UNA ELECTORA

Dulce amor mio, en los Estados Unidos votan las mujeres.

De vez en cuando.

¿Quieres votar por mí, palomita?

RESPUESTA

¡Eh bien! Je suis á vous; ¿est-ce que vous ne payerez pas un souper? *¡Sans façon,* mon cher!

DON CÁNDIDO, *aparte.*

¡Sans façon! ¿Qué demonio de santo será éste que no está en mi calendario?



SOTTO VOCE

LECTOR amigo, hace muchos años que nos conocemos.

¿Te acuerdas?

Hace muchos años que...

¿Pero no es verdad que el recuerdo te hace daño?

Si comienzo á hacer un resumen de sucesos, una exposición de hechos pasados, el alma se te va á caer á los pies por culpa mía, y vas á decir que trato de romperte el alma.

No en mis días.

¡Jamás! como decimos los dramaturgos.

No he de recordarte que en esos casi tres años has visto dominar á Narváez, intrigar á Cánovas, caer á González Bravo, subir á O'Donnell, suicidarse á varias modistas y escribir versos á todo el mundo.

No he de recordarte que te dejaste atropellar

la noche aquella, ni que estabas dispuesto á pagar el anticipo, ni que has dejado pasar dos años sin hacer nada, ni que has ido á oir la música en los días de besamanos, ni que has tolerado á Caballero del Saz sus distracciones.

No, no quiero ponerte colorado.

—

Prefiero hablarte del porvenir, ya que, según dicen, el porvenir es nuestro.

¿Qué esperas, amigo lector?

¿Hay en Madrid alguien que sepa lo que *espera?*

¡Ay! ¡Si tú lo sabes, *nosce te ipsum,* contempla al gobierno, y mira lo que te ha hecho!

¡Pobre lector de mis entrañas! ¿Has nacido en este país? Estás lucido.

—

Reflexionemos, lector, si no te opones.

Tú lees todos los días *La Democracia.*

Y *El Pueblo.*

Y *La Discusión.*

Y *La Iberia.*

Y *La Nación.*

Y *La Soberanía.*

Y *Las Novedades...*

—

Díme, pobrecito mío, ¿qué proyectos son los tuyos?

No te veo *de venir* por más que te contemplo.

¿Tú crees que con leer has cumplido tu misión sobre la tierra?

Pues no sabes lo que te pescas.

Bueno es que leas, y que en cuanto tu vista haya recorrido los periódicos liberales, digas con aire de triunfo:—¡Tienen razón!

Pero eso no basta.

—

Mientras gritas, y te desesperas, y gruñes, y murmuras, el periodista que te ha dirigido aquellas palabras, tiene derecho á quejarse de tí.

No lo dudes; voy á ponerte dos ejemplos.

¿Te gustan las comparaciones sublimes?

Figúrate que el periodista es el *apóstol*.

El *apóstol* te predica la buena nueva. Tú la escuchas, te agrada, pero no la realizas.

El *apóstol* se ha quedado con un palmo de narices.

¿Te gustan las comparaciones vulgares?

Figúrate que estás llamado á representar un drama. El empresario no se fia del segundo apunte, coge el ejemplar, y te dice

—Prevenido.

Tú te previenes, y á poco el segundo apunte te dice:

—¡Fuera!

Y tú no sales; has oido el aviso como quien oye llover.

No hay, pues, drama. No hay función. El actor K*** se ha indispuesto.

Ahora bien; ¿sabes quién es el apóstol? ¿Sabes quién es el segundo apunte?

El periodista que te dice todos los días:

—¡Prevenido!

—

Me dirás que á dónde voy á parar con tanta palabra.

Y yo te diré que no voy á parar, sino á andar sin detenerme un punto.

Tú no conoces el terreno que pisas. Eres cándido.

Hay un enemigo tuyo que sabe más que tú y más que yo.

Me preguntas:—¿Es el gobierno?

—No.

—¿Es el destino?

—No.

—¿Es el dinero?

—No.

—¿Es el país?

—No.

—¿Quién es, entonces?

—El señor cura.

—

—

¿Te ha parecido anti-religioso y demoledor lo que te he dicho?

Pues te has equivocado.

—

La religión, amigo mío, es el sol del alma.

A su dulce calor vives vida de esperanza.

Nace y muere contigo. Cura tu primer dolor y perfuma tu último suspiro.

Mas oye un ejemplo.

La virgen más pudorosa y bella, robada en un camino por un salteador, parece á los diez días de haber sido robada, una moza del partido.

No es extraño.

La virgen aquella sirvió de pasto á lúbricos deseos, y flor arrancada, perdió con el aroma belleza y colores.

Aplica el cuento.

—

El señor cura pertenece al antiguo régimen.

Es de los que preguntados cómo se llaman, responden:

—Fulano, para servir á Dios y al rey.

Y hé aquí la equivocación, caro mío. El cura no debe servir más que á Dios.

—

¿Quién es el rey de los curas españoles?

Se ignora.

Lo que se sabe de cierto es que ese rey no tiene forma.

Es un mito. Un personaje imaginario.

Cierto predicador que quería describir el animal que hay á los pies del èvangelista San Marcos, decía:

—Tiene pezuñas como el buey, y no es buey; tiene cuernos como el buey, y no es buey; tiene morro como el buey, y no es buey; tiene rabo como el buey, y no es buey...!

A lo que interrumpió un oyente:

—Basta de pamplina. ¡Si no es buey, será vaca!

—

Lo mismo digo de ese rey de los curas.

Tiene forma de rey, y no es rey; tiene corona como el rey, y no es rey; tiene vasallos como el rey, y no es rey; tiene guardias como el rey, y no es rey.

—

Tú, lector inocente, ciudadano sencillo, patriota de buena fe, caballero particular y apreciable sugeto, lees cotidianamente *La Democracia.*

Y *El Pueblo.*

Y *La Discusión.*

Y *La Iberia.*

Y *La Nación.*

Y *La Soberanía.*

Y *Las Novedades.*

Y oyes al *apóstol* que te inspira la sublime idea, y te prometes hacer algo.

Entre tanto, el señor cura no quita ni pone rey, pero.....

El tiempo pasa: el sol no corre, vuela;
los hombres á los hombres se suceden,
los siglos á los siglos se atropellan,

y no haces nada, porque tú eres amante de tu familia, y tu familia va enfriando tus pasiones revolucionarias.

El señor cura te ganó por la mano.

La sociedad en que vives está *cogida*, está saturada de amor á la religión-política.

Te has quedado atrás, estás vencido.

Y yo me alegro. ¿Tengo yo la culpa de que seas un pobre hombre?

*
* *

Diviértete mucho.



DOS RECUERDOS

El duque de San Simón dice en una de sus cartas lo siguiente (1701):

«Al descargar los barcos encontramos ocho grandes cajas, en cuyas tablas se leía:

Chocolate para el muy reverendo señor procurador general de la Compañía de Jesús.

Dichas cajas, de un peso extraordinario, dejaron medio derrengados á los mozos que las trasportaron desde el barco á tierra, á pesar de que se emplearon en la conducción doble número de hombres del que ordinariamente hace estos servicios.

El gran trabajo que dicha conducción costara movió la curiosidad de todos por saber qué clase de chocolate sería aquel que tanto pesaba. Llegadas á los almacenes de Cádiz, hubo que registrarlas. En efecto, chocolate era lo que dentro de cada caja venía, y la cosa no dejaba lugar á dudas. Grandes barras del producto america-

no fuertemente adheridas unas á otras; hé aquí todo lo que podía verse en el fondo de los cajones más *sospechosos*.

No pareció, sin embargo, satisfacer á los conductores aquel primer reconocimiento, y no faltó entre ellos alguno que se propuso quedar plenamente convencido.

Entonces se observó una cosa verdaderamente extraña. Los que parecían trozos grandes de chocolate no eran sino lingotes de oro, cubiertos con una capa finísima de aquella sustancia alimenticia; de donde vinimos á deducir que el señor procurador general recibía barras de oro envueltas en chocolate con tan extraño misterio.

Todas las cajas eran iguales. Todas estaban repletas de oro macizo. Inmediatamente se dió aviso á Madrid, donde, á pesar del crédito de la Compañía, quedaron los lingotes á disposición del Gobierno. Advertidos los jesuítas del descubrimiento, se guardaron muy bien de reclamar un chocolate tan estimable. Prefirieron perderlo á confesar que era para ellos. Todavía más; protestaron de una manera ruidosa del insulto que se les hacía creyendo que el chocolate era en efecto para la Compañía.»

—

He tenido ocasión de leer un *Memorial presentado al rey de España por los acreedores del colegio*

de los jesuítas de Sevilla, casi tan curioso como la relación anterior.

¿Quieren ustedes saber á lo que él y yo nos referimos?

Ante es preciso hacer algunas aclaraciones.

Los jesuítas eran unos grandes comerciantes; al mismo tiempo que educaban á los niños, tomaban á interés el dinero de los padres ó parientes de los discípulos. Todas las buenas almas de Sevilla llevaban sus economías á los reverendos padres, considerándose dichosas al poner su dinero en tan santas manos. Hecho el depósito se retiraban tranquilas las víctimas, como si hubieran dejado su dinero en poder del Todopoderoso. Pero hé aquí que un día los jesuítas no tienen por conveniente devolver el dinero que les fué entregado. Se declaran en quiebra.

Oigan ustedes ahora las primeras frases del *Memorial*:

«Juan Onofre de Salazar; en su nombre y en »el de otros súbditos de vuestra majestad, lle»gan á vuestros pies para hacer presente á »vuestra clemencia los tristes resultados de la »quiebra hecha por el Colegio de padres jesuítas, »por valor de *cuatrocientos cincuenta mil ducados,* »y á pediros justicia contra la más perniciosa »estafa de que se ha oido hablar ni tenido ejem»plo en este reino desde el establecimiento de la »monarquía.....

....



LA NOCHE DE ANIMAS

ESCENA IMPONENTE

PRELUDIO

(El teatro representa un cementerio. Doblan las campanas, y huele á carne muerta).

UN DIFUNTO, *que fué carlista, abriendo los ojos.* ¡Aaah, aaah! ¿Cuánto habré dormido? ¡Qué mal se está aquí! Respiremos. *(Salta á tierra).*

DOS MUERTOS *(abogados).*—Parece que riñen por ahí fuera. Vamos á ver si se pesca algo. *(Salen del nicho).*

UN LIBERAL DEL AÑO DOCE.—¿Habrán cambiado las cosas? Veamos. *(Idem, idem).*

UNA JOVEN.—¡Ay de mí! ¿Dónde estará mi alma? *(Sale á buscarla).*

ESPRONCEDA.—*¡Siempre igual!* Necios hombres,

inventad otras sepulturas, que aquí no caben las almas grandes. *(Salta como los demás).*

UN FRAILE.—¡Treinta y dos años sin comer! ¡Esto es inaguantable! *(Sale del nicho hecho una fiera.)*

UN LITERATO.—No encuentro asunto. Este círculo es muy pequeño. *(Idem, idem).*

UNA ACTRIZ.—¿Vamos á empezar? *(Idem, idem).*

UN SEGUNDO APUNTE.—¡Fuera!

UN DIABLO ENCARNADO *(á caballo en la tapia).*—Me voy á divertir.

UN FUEGO FÁTUO.—Alumbraré la escena.

*
* *

LAS CAMPANAS.—¡Dan! ¡din! ¡don! ¡dooon!

EL FRAILE.—¡Hola, llaman á comer! Buenas noches, señores.

ESPRONCEDA *(al liberal y señalando al fraile).*—¿Aún vive esta gente? ¿En qué siglo estamos?

EL LIBERAL.—No sé; señores, ¿En qué siglo fingimos vivir?

LA JOVEN.—En el de las luces. ¡Ay!

EL FUEGO FÁTUO *(que alumbra).*—En el mío.

EL DIABLO *(al paño).*—¡Qué fátuo!

EL FRAILE.—Señores, ¿á qué hemos venido aquí?

UN MÉDICO.—A contemplar mi obra.

ESPRONCEDA *(al fraile).*—Diga usted, padre ¿murió usted de gordo?

EL FRAILE.—No, señor; me estrangularon.

EL DIABLO.—¡Je! ¡je! ¡je! ¡je!

EL LITERATO.—Sóis unos estúpidos. Os reís de un fraile, y casi todos habéis venido á la tumba vestidos con hábitos.

EL LIBERAL.—Ciertos cuidados de los vivos suelen desfigurar á los muertos. ¡Yo vengo vestido de miliciano! A mí se me hizo justicia.

EL CARLISTA.—Siento que no hayas traído el alma, para rompértela ahora mismo.

LOS ABOGADOS.—(¡Esto va bien!)

EL LIBERAL.—¿A que te pulverizo el cráneo?

EL CARLISTA.—¡Si no lo tengo!

EL LIBERAL.—Señores, este hombre es un realista.

TODOS.—¡Matarlo!

EL CARLISTA.—(¿Serán tontos? ¿Pues no me quieren matar?)

EL MÉDICO.—¡Yo me encargo de eso!

LOS ABOGADOS.—Si hay que redactar un testamento, aquí estamos nosotros.

EL LITERATO.—Hablemos de otra cosa, sin que se ofenda nadie. ¡Qué mal hechos están aquellos versos de mi epitafio!

LA JOVEN.—El epitafio es la última vanidad del hombre.

LA ACTRIZ.—(¡Esta niña habla como una mujer! Y qué vestido trae tan feo...) ¿Quién le ha hecho á usted ese velo?

ESPRONCEDA.—Señora, eso que parece un velo, es el pudor, que no muere ni con la muerte.

La actriz.—¿Quiere usted escribirme una pieza?

Las campanas.—¡Din! ¡don! ¡dan! ¡daaan!

El liberal.—Parece que doblan á la agonía de un pueblo...

El segundo apunte *(al carlista)*.—Prevenido.

El liberal.—Parece que en esta noche espira una época de oscuridad y de tinieblas .

El carlista.—Pues no señor, no espira esa época. El porvenir es nuestro.

El liberal.—¡Tengo hijos que viven! ¡tengo nietos!

El fraile.—¡Nosotros tenemos apóstoles!

Espronceda.—Hombre, nos está usted cargando soberanamente, y le voy á romper algo sino calla.

El diablo.—¡Je! ¡je! ¡je!

El médico.—¡Ah! Yo vengo bien informado. Yo soy un héroe, y siempre he optado por morir matando. No hace aún dos meses que he cerrado el ojo, y sé muy bien lo que sucede en España. El cólera hace allí estragos, las gentes se mueren sin poderlo remediar... en fin, cuando yo no he podido salvarme, ¡cómo irá la cosa! Los negocios están paralizados, los pueblos decaídos... las poblaciones hambrientas... todo anuncia un gran cambio social... esto es un hecho.

Algunos muertos.—¡Salve!

Otros.—Libertad, *¡morituri te salutant!*

ESPRONCEDA.—¡Ay! ¡Esto no es vivir!

LAS CAMPANAS.—¡Don... dan...!

EL FUEGO FÁTUO.—*¡Addio! (Se apaga.)*

UN RAYO DEL SOL.—¡Cada mochuelo á su olivo!

TODOS LOS PRESENTES.—¡Esto se va! *(Vuelven á los nichos.)*

VOZ DE LO ALTO.—¡Dios! ¡siempre Dios!

EL DIABLO *(cayendo de cabeza)*. ¡Me han partido!

(Las campanas dan el último sonido. Amanece.)



RECUERDOS DEL DIABLO

HÉ aquí unos apuntes que han caído como una bomba sobre mi mesa, y que, según trascienden á azufre, parece que han sido escritos por el mismo demonio:

I

Una tarde de Agosto, tendí las alas y me lancé al espacio.

Hacía un calor sofocante; pero ¿á mí, qué? Acostumbrado como estoy á la temperatura del infierno, el calor no podía hacerme daño. Casi, casi estaba en mi elemento.

Crucé pueblos, y pueblos, y pueblos... atravesé valles, traspasé colinas, salvé distancias...

Llegué á una aldea.

Había allí cierto encanto que me hacía daño. Se respiraba en aquel estrecho círculo una atmósfera de felicidad que me ahogaba.

Me detuve y me tendí en el borde de las tapias de un huerto.

A mis pies se veian algunos cuadros de verdura; un poco más lejos había un corral, y en el corral una casa.

Reinaba la más completa calma; era la hora de la siesta.

Allá, á lo lejos, debajo de una higuera, ví una docena de gallinas que en su lenguaje especial departían amigablemente.

También aquellas gallinitas eran felices; también en aquella sociedad reinaban la paz y la concordia.

Y dije yo sonriendo: probemos.

Y cogí entre mis uñas un grano de maíz y lo arrojé en medio del círculo que las gallinas habían formado.

—¡¡Al grano!! dijeron todas cacareando, y presencié una escena horrible, magnífica, sublime.

Aquellos animales que antes se acariciaban, se pisoteaban ahora, se arrollaban, se confundían, se atropellaban, se mordían... ¡y todo por un miserable grano!

Una de las gallinas logró atraparlo, huyó con él, y en un rincón del corral lo devoró en silencio.

Me alejé satisfecho.

II

Caí sobre un pueblo como cae una maldición.

En una calle había seis ú ocho niños.

Jugaban, corrían, saltaban; eran felices.

Comencé á ponerme triste, porque observé que en aquella nueva sociedad que estaba yo viendo, la paz y la concordia reinaban como en el corral de las gallinas.

Sonreí como quien encuentra una idea luminosa...

Y en seguida arrojé á la calle una moneda de dos cuartos.

¡Oh! ¡qué gran momento aquel! ¡Los niños, olvidándose de todo, se revolcaron por el suelo, dándose de coces y de puñadas, por lograr coger la moneda; y todos, ó casi todos, salieron de la refriega con la cara bañada en sangre, mientras uno de ellos apretó á correr con la presa en la mano volviendo la cara hacia atrás á cada paso, por si acaso algún osado intentaba arrancarle aquella miseria!

Partí del pueblo, ébrio de gozo. No había encontrado diferencia alguna entre los bípedos plumes y los implumes.

III

¡Adelante! grité con aire de triunfo, y entré en una población de buen aspecto. Parecía una capital de provincia.

Estaba anocheciendo, y la noche se presentaba negra como mis alas, sombría como mi espíritu.

Entré en un café y me senté á una mesa.

Enfrente de mí había dos jóvenes que mantenían vivo y animado diálogo.

Me fueron antipáticos. Parecían dos hombres de bien y no me ofrecían negocio.

Uno de ellos llevaba una cruz en el pecho, que me estaba haciendo ver las estrellas.

Llamé á un camarero y le seduje con una moneda para que me contara la historia de aquellos dos parroquianos.

Aquellos dos jóvenes eran amigos íntimos. Se querían como dos hermanos. En diferentes ocasiones se habían salvado la vida. Habian luchado juntos en el campo de batalla, y juntos habían sufrido los embates de la fortuna.

La amistad los había ligado con lazos indisolubles.

Me propuse probar á aquellos dos hombres, y conseguí mi objeto.

Hé aquí cómo.

Busqué una mujer hermosa y la coloqué entre los dos amigos.

A los dos días, uno de ellos caía atravesado por el florete de su compañero. ¡Pobres hombres! exclamé soltando una carcajada exclusivamente mía; y me lancé á los espacios feliz y victorioso.

IV

Me personifiqué en la corte.

Por todas partes había grupos de hombres que se estrechaban las manos y se juraban amistad eterna.

Recuerdo un grupo delicioso.

Componíanlo media docena de caballeros particulares de esos que gozan fama de honrados á carta cabal. Una familia completamente feliz.

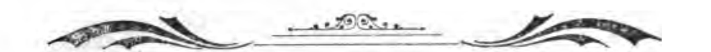
Infiltré en el ánimo del más viejo la idea de un testamento perfectamente desigual, y enseguida le propiné una pulmonía de las mejores. La familia lloró por espacio de ocho días la pérdida de aquel honrado ciudadano. Hubo declamaciones, elogios de sobra, elegías, párrafos laudatorios en los periódicos...

A los diez días se abrió el testamento.

¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! Hoy, la familia está dividida, reñida mortalmente, pendiente como de un clavo, de los autos de un pleito... Se asegura muy formalmente que el difunto era un pícaro. Y se maldice *sotto voce* la memoria del probo ciudadano. Todo se debe á la magia de un puñado de monedas que han ido á poder de los curas para que produzcan misas.

Volví á mis lares aburrido: no había podido variar de espectáculo. Los hombres, los niños, las gallinas, todos van al grano.

¡Pobres hombres! ¡Ni siquiera sirven para distraer á un pobre diablo!



VOX POPULI, VOX CŒLI

Digan lo que quieran autores de peso y de autoridad respetabilísima, tengo para mí que el pueblo es un gran poeta.

Sobre todo, dice lo que siente, y tal como lo siente, en lo cual aventaja á muchos poetas de campanillas; de esos que pasan por modestos, ó dulces, ó tiernos, y así son tiernos ellos como el corazón de un ministro.

Poetas conozco yo que no han entrado nunca en la iglesia, y en un *santiamén* escriben trescientas páginas en alabanza de los santos, que como dice el vulgo, ni Dios puede con ellos.

Otros conozco que gozan fama de católicos y religiosos, y escriben versos á porrillo describiendo cosas que no son para descritas, ó confeccionan obrejas dramáticas á toda luz irrepresentables, pero que se venden porque los industriales las anuncian *sotto voce* en los cafés, con

estas palabras: ¿Señorito, quiere usted comprar una comedia prohibida?

¡Ah! ¡Los poetas! Bien puede decirse de ellos que no los conoce la madre que los parió. ¿Ni cómo pudiera conocerlos si los hay de tal calaña, que hacen versos lo mismo que harían cestos de mimbre, ó palillos para los dientes?

El gran secreto de ciertas reputaciones no consiste más que en el misterio que ofrece siempre al hombre lo desconocido.

En cierta ocasión me decía un editor muy práctico en achaque de pesca de lectores:

—No se debe dar nunca al público el retrato de un autor bien reputado. En cuanto el público conoce al autor, encuentra menos encanto en la lectura.

Y en efecto, así sucede. Y llevando la comparación un poco más adelante, pudiera yo asegurar que si el público conociera á aquellos de nuestros poetas que más delicadeza y dulce estilo ostentan en sus obras... ¡qué horrible desencanto!

Detrás del que canta amores puros he solido encontrar casi siempre un libertino; detrás del poeta religioso he visto varias veces al ateo; detrás de esos poetas que según voz y fama conocen á fondo el corazón humano, he visto en más de una ocasión hombres que no tenían corazón ó le tenían de bronce ó peña. En fin... escandalícense ustedes: un poeta de los que cantan la

gloria de las batallas, la nobleza de la sangre y la hidalguía de los pechos valerosos, vino en una ocasión á leerme unos versos de pie, quiero decir, muy levantados, y aprovechando el sueño que se apoderó de mí al oir aquellas cosazas, me hizo noche tres docenas de cigarros y se fué con gran sentimiento mío, y con los cigarros en el bolsillo, asegurando que yo no tenía sentimiento.

Poetas por poetas, prefiero al pueblo.

El pueblo no se para en barras ni en perfiles; como no tiene afán de popularidad ni pretensiones de aplauso, dice las cosas como las siente, observa lo que á su alrededor pasa, da sus cantares al aire, y allí se quedan para que vayan corriendo de boca en boca.

Canta la guerra, canta los amores, canta los desdenes, canta las penas y las alegrías; y si cuando prosista hace refranes que son lecciones, cuando poeta hace coplas que son sentencias.

Y hé aquí que, á pesar de su religiosidad y de su tradicional respeto á la sotana, se ha tomado la libertad de decir algo acerca de curas y frailes, para que conste que no deja de conocerlos bien á fondo, aunque les bese la mano.

Habla el pueblo y yo callo:

Para el obispo, la mitra,
para el notario, el tintero,

para los chicos, las chicas,
para los frailes, un cuerno.



Los frailes de San Francisco
han sembrado un melonar;
el demonio de los frailes
¡qué melones comerán!



Un fraile me pidió un beso
un lunes por la mañana;
yo le dije: ¡padre mío,
buen principio de semana!



Un fraile me dijo un día:
dame la mano, salero;
yo le dije: padre mío,
tome usté la del mortero.



Si el querer que puse en tí
lo hubiera puesto en un fraile,
ya me lo hubiera pagado
en visitas por las tardes.



Todos estos cantares los he oido á los labradores de Aragón y de Andalucía; después los he

visto incluídos en una exquisita colección (1) de coplas populares.

Yo no sé como los habrá traducido el público respetable; pero no me parece difícil acertar con la filosofía de aquellas coplejas.

Sea de ello lo que quiera, respetemos los ímpetus de la naturaleza y recordemos lo que todos los curas saben de memoria:

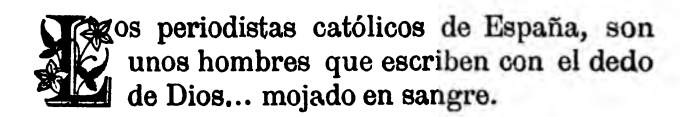
Vox populi, vox cœli.

---

(1) *Cancionero popular*, por D. Emilio Lafuente y Alcántara.



CORONA DE ESPINAS



Los periodistas católicos de España, son unos hombres que escriben con el dedo de Dios... mojado en sangre.

*
* *

En cierta ocasión encargó un hombre á un sacerdote que dijera una misa por el alma de cierta persona.

El cura dijo la misa, y el hombre la oyó con suma devoción. Es fama que la misa no duró siete minutos.

El hombre era generoso, y envió una onza de oro al sacerdote.

Al poco rato se presentó un sacristán en casa del hombre aquel, y le dijo:

—Vengo de parte del presbítero D. Fulano á decir á usted que esta onza es corta.

—Hijo mío, respondió el hombre con mucha

calma; si la onza es corta, díle al señor cura que también la misa lo ha sido.

*
* *

Para probar á ustedes hasta dónde llega la ilustración de ciertos curas españoles, fuerza será referir dos hechos históricos.

*
* *

Contábale yo en cierta ocasión á un presbítero la pasmosa agilidad del gimnasta Leotard, y al describirle el salto de los tres trapecios, mi hombre exclamó lleno de asombro:

—¡Basta, por Dios, basta; no diga usted más, que estoy viendo que ese hombre salta más que Leúcades!

*
* *

Un día entré en una tienda de ultramarinos con el objeto de comprar una libra de dátiles. Los dátiles se habían concluído, y el dueño del establecimiento me ponderaba la excesiva venta que hacía de tan dulces frutos.

Un señor cura que estaba en la tienda, dijo ntonces:

—En efecto, este picarón vende más dátiles ue el Tostado!



INTOLERANCIA.—BARBARIE.—AL PAÍS

Ni una palabra más. Basta por ahora. Ha llegado el momento de colocar la última piedra de este edificio humilde, pero levantado á costa de grandes sacrificios morales y materiales, luchando con todo género de obstáculos, y alzado en medio de un país que está adherido, como la ostra á la concha, á fanáticas, lúgubres, horribles tradiciones.

Diez meses há que comenzó á imprimirse este libro. Diez meses, durante los cuales, las circunstancias, el cambio de ministerios, los escrúpulos, los temores, la intolerancia de los fiscales, la opresión de las leyes, todo en una palabra, ha sido parte á que la obra, sumida en tinieblas como el crimen, no haya podido, como la verdad, bañarse en puras luces.

Grave era la empresa de escribir un libro con el título que éste lleva; y no era grave «*per se,* sino relativamente.» Decir á la faz del país cuatro verdades respecto á los curas, en un país en que los curas son los amos, tenía muchos y no pequeños inconvenientes.

Y á fe que la materia se prestaba, y á fe que el asunto merecía mejor comentador y más bien cortada pluma. Baste la intención, y baste la iniciativa.

España, fuerza es decirlo, es un país dormido, que durante muchos años no ha abierto los ojos ni despertado de su letargo al estruendo del progreso que en hora feliz invade la Europa y las Américas.

El feudalismo no ha muerto en España.

Hay muchos, muchísimos lugares de esta patria desventurada, donde el señor cura ha venido á reemplazar al señor feudal; y hay muchísimos, demasiados españoles, que son siervos antes que ciudadanos. No hay diez y seis millones de españoles en España.

La política á sueldo de la religión; la religión á jornal de la política. El país ignorante, la prensa aherrojada, el Gobierno indiferente, el escritor temeroso y santurrón; el cura sobre todo este montón de almas cadáveres. Hé aquí á España.

Esto y mucho más que tenía observado me movió á hacer un libro; pero ¿se puede hacer

un libro liberal en España? Imposible. Renan (1) y Proudhon (2) entran por nuestras fronteras disfrazados de obras religiosas; Laboulaye (3) es triturado por nuestros fiscales. Era imposible hacer un libro, un verdadero libro. Debía limitarme á ligeras apreciaciones, ideas sueltas en forma de páginas: no hay que dudarlo; aquí el robo es un delito, pero la libertad de pensar es un crímen.

Por eso la presente obra no tiene condiciones de tal; escrita queda para escarmiento de pícaros, y entiéndala quien quiera; que no por ser de todos vilipendiada, dejaría de ser hecha para amonestar á todos y á ninguno.

No está escrita en lenguaje discreto y pulido, ni en grave y altisonante estilo; porque, siendo ella para lectura del pueblo, en lenguaje vulgar debe expresar lo que quiere. Además, el público español prefiere la lectura irónica, que aquella que expresa los sentimientos del autor con noble franqueza. Si la Biblia se llamara libro festivo, tal vez los españoles sabrían más historia sagrada de la que saben. Los españoles somos naturalmente aficionados á todo lo que lleva en sí algo de sátira y daño.

---

(1) *Vie de Jésus*, libro prohibido en España, y de la cual ha hecho una excelente traducción castellana el Sr. D. Federico de la Vega.

(2) *La justice dans la revolutión*, idem.

(3) *París en América.*

No faltará lector, que al leer el título de este libro, juzgue al autor hereje y dejado de la mano de Dios, según uso establecido en este culto país de juzgar las obras antes de conocerlas; y tal habrá que al llegar á la última página, crea que no le hemos dicho nada ó que le hemos dicho muy poco. Sirva de tranquilidad al primero la palabra que le doy de que me tengo por muy cristiano; y de disculpa para con el segundo la asoveración de que todo lo que me he dejado por decir, está en el bolsillo del señor fiscal de imprenta. Y sea por muchos años. Gracias demos á Dios de que las hojas que su señoría me ha dejado en blanco hayan podido rellenarse con dos ó tres artículos de *Gil Blas,* que anda por estas páginas como pobre en puerta ajena.

Una palabra, y concluyo. ¿Dicen ustedes que mi libro es demoledor? Pues no lo creo.

Esta obra tiende á ridiculizar, á zaherir, á desenmascarar á los curas *malos,* á los curas que no merecen serlo. Pero todas las reglas tienen sus excepciones.

—¡Pero no hemos visto todavía la excepción! clamarán los lectores.

Oigan ustedes mi último capítulo.



EL PADRE CASTO

La poesía del recuerdo es innegable. Cuando se cierran los ojos al presente y á lo porvenir y se concentra el pensamiento todo en lo pasado, la imaginación admira con asombro infantil los cristales de su linterna mágica, y goza en la contemplación de imágenes pasajeras que huyeron para no más volver. Dulce consuelo es la memoria, que así recuerda los dolores como las alegrías; alegrías y dolores se presentan á la mente en bullicioso tropel, ufanas ellas pregonando sus victorias en las soledades del alma, suplicantes ellos en demanda de perdón, porque al cabo fueron los primeros comentadores de los placeres. El recuerdo es la última nota de la melodía; es el último rayo de luz, la postrimera mirada del moribundo.

Por eso, un libro de recuerdos pudiera ser muy bien un libro de poesía; por eso quiero terminar éste con un recuerdo grato; y ¡ojalá!

pudiera yo darle vida real al personaje cuya memoria es para mí tan agradable!

—

Se llamaba el Padre Casto.

Le conocí cuando yo era casi un niño. Viví á su lado una gran temporada, y después tuve diferentes ocasiones de estudiar su carácter.

El Padre Casto pertenecía á una honrada familia de labradores que á costa de sacrificios habían podido costearle la carrera. No había sido ingrato el hijo á los sacrificios de los padres; antes con fe constante y no usada fuerza de voluntad, procuró corresponder al buen deseo de los que le ayudaban, y logró á fuerza de aplicación y estudio adquirir una brillante hoja de estudios, honra de todo buen estudiante.

Llegó el suspirado día de cantar la primera misa; y cuando en las bóvedas del templo resonaba la dulce voz del nuevo ministro del Señor, una madre lloraba lágrimas de ternura, un padre anciano daba gracias á Dios desde lo íntimo de su corazón, media docena de amigos del joven tomaban activa parte en el contento de la más honrada de las familias.

Acabada la ceremonia, el joven sacerdote oía de boca de su madre estas palabras:

—¡Hijo de mi vida, Dios te bendiga!

—¡Bendito sea Dios, madre! respondió Casto.

—

A los pocos meses, el ministro de Dios iba á ejercer su santo ministerio en un pueblecillo de Aragón, que, colocado en el fondo de dos montañas, parecía un armiño durmiendo al sol.

Casto iba á ser el rey de aquella pequeñísima comarca; iba á mandar en jefe en la conciencia de un puñado de rústicos campesinos que no sabían leer y que apenas podían hablar. Familia de fieras que parecían séres racionales, y en las cuales el uso de la palabra era, más que un dón, una gracia especial de la Providencia.

¡Hay tantos lugarejos en España donde los hombres no parecen tales, y donde se vive lo mismo que en las costas del Riff ó en los más ásperos rincones de la Abisinia!

Lleno está el país donde vivimos de incultas aldeas, agrupadas alrededor de las ciudades como turba de hambrientos mendigos alrededor del palacio del poderoso.

En esos miserables lugares no hay más que dos personas que pueden reformar las costumbres y dar vida nueva á aquel extraño conjunto de barbarie primitiva. El alcalde y el cura.

El alcalde... perdonémosle su ignorancia si las más veces la tiene en alto grado. No es culpa suya, ni está en sus manos evitar que sus convecinos le elijan para el cargo que ejerce. En cuanto al cura, ya es otra cosa. El cura va al lugar enviado por el Gobierno; está en el deber de poseer una ilustración de que no puede

ni debe carecer el sacerdote; y en su calidad de padre espiritual, ha de emplear sus días en representar sobre la tierra á los que le contemplan desde el cielo.

Pero... ¿quién puede asegurar que tal ó cual sacerdote no sirve para el caso? ¿El Gobierno que lo elige? Sería sobra de desfachatez. ¿El cura que es el elegido? No anda tan abundante la modestia. ¿Los ciudadanos que van á depender de él? Esos, ó no tienen criterio, ó le tienen en poder del Gobierno y del cura. Bien está San Pedro en Roma. Bien están los curas donde están, y continúe la barbarie en las aldeas. Si la hay en algunas ciudades muy populosas, ¿cómo no ha de haberla en los lugarejos?

—

El Padre Casto tomó posesión de su curato una tarde de primavera á són de campanas, porque era la fiesta de la Cruz de Mayo. Hízose prontamente amigo del alcalde, del barbero y del veterinario, que hacía papel de médico en el pueblo, y en menos de una semana pudo enterarse perfectamente del estado en que la *población* se hallaba.

Hé aquí los párrafos de una carta en la cual me refería curiosos pormenores acerca del asunto:

«Hallé (dice) un pueblo de cafres á siete leguas de una población civilizada. Los hombres no se

ocupaban más que en cortar leña del monte y en cuidar puercos en casa. Estos puercos habitaban en los mismos cuartos que ellos, si cuartos pueden llamarse á estos chiribitiles hediondos, oscuros, nauseabundos. Para formar una idea del aspecto de aquellos séres, no hay medio mejor que leer los viajes de Aragón y trasladarse con el pensamiento á las más apartadas regiones del Africa. Las mujeres de este pueblo no tenían costumbre de peinarse ni de lavarse jamás, y las blasfemias alternaban en sus labios con las oraciones más groseras. Tal era el estado de este lugar cuando llegué á él. Si hoy viniera usted por acá, creo que encontraría una notable diferencia.»

—

Fuí, en efecto, á visitar á mi amigo; y donde yo creí encontrar una reunión de salvajes, pude observar una familia de gentes muy apreciables.

El Padre Casto tenía una casita de un solo piso, con vistas por un lado á la plaza de la iglesia, y por el otro al jardín de la casa, jardín que él mismo cultivaba y adonde acudían todos los domingos las muchachas del pueblo, y los mozos que después de haber trabajado siete días iban á descansar y á divertirse honestamente en aquel pequeño paraíso.

No dejó de extrañarme que las muchacha

fuesen á aquel santo hogar acompañadas de sus novios.

—¿Tolera usted esto? pregunté sonriendo.

—Oh, sí; me respondió con benévola sonrisa. De este jardín saldrán muy honrados matrimonios.

El Padre Casto había empleado una táctica en extremo laudable. Así como su antecesor aseguraba á las mujeres del pueblo que los mozos eran unos seductores, que no trataban más que de engañar á las muchachas, él había empezado á sustentar la doctrina contraria. Aseguraba que si los hombres son malos, es porque las mujeres los hacen malos, y que en manos de toda mujer está el porvenir de cualquier hombre. Los lugareños quedaron agradablemente sorprendidos al oir estas nuevas ideas. Viéronse confiadas las doncellas y amorosos los mozos, y el amor, que es el gran lazo de la humanidad, ligó á todas las familias de la aldea.

—Dentro de poco, decía el Padre Casto, toda la aldea será una sola familia, y la paz reinará entre nosotros.

Había en el lugar un mozo tan sumamente bárbaro, que todos sus convecinos le habían cobrado horror y mala voluntad. Aquel salvaje, (que otro nombre no merece) ni creía en Dios ni en sí mismo. Se había identificado con los machos cabríos que guardaba, y no hubo vez que le preguntaran algo, que no respondiera

con alguna sinrazón dicha en el tono de la más elevada barbarie.

El alcalde determinó corregir de una vez aquella enfermedad del aldeano, y para ello fué á consultar con el señor cura.

—Padre Casto, le dijo; á lo que vengo, vengo. Es, pues, el caso, que el zopenco de Sebastián, á quien ya conoce su mercé, está cada día más bruto, y creo que si sigue de esa manera va á ser menester atarle á un árbol con un collar para que guarde la huerta y ladre cuando se acerque gente.

—¿Qué ha hecho, pues, ese chico, que así le obliga á usted á quejarse?

—Mil barbaridades, señor cura. Ayer mismo, cuando todas las mujeres acudían á la iglesia, se puso en la puerta y emprendió á pedradas con ellas, diciendo: que la iglesia era suya, y que á él no le daba la gana de que entrase nadie; después, no supo decir quién era Dios, y ahora está empeñao en que le den licencia para entrar el ganao en la sacristía. Mire usté, señor cura; el otro cura que estuvo aquí antes que usté, dijo un día en el púlpito, que Sebastián estaba condenao y que no se acercase más por ahí, y desde entonces parece que lo ha hecho intento de ponerse en contra de to lo que sea cosa de iglesia; conque así, es preciso que usté diga lo que se ha de hacer; ó sáquele usté los enemigos que tiene en el cuerpo, ó mañana hago que salga el

guarda fuera del pueblo, y en cuanto vea á Sebastián le pegue una escopetada que me lo deje patas arriba.

—Vaya usted tranquilo, dijo el Padre Casto, después de haber oído al alcalde; vaya usted tranquilo, que yo le respondo de que el domingo irá Sebastián á misa primera con la devoción debida.

—¡Quiá! exclamó el alcalde meneando la cabeza; ¡no me fio!

—Vaya usted con Dios y no tenga cuidado. Dígale usted á la hija de la señora Pepa, que venga por aquí esta tarde.

—Voy *de seguida*, señor cura.

A la media hora llegó la labradora á quien el cura deseaba ver. A los cinco días Sebastián estaba regenerado.

El pueblo entero se llenó de asombro. El Padre Casto comenzó á gozar fama de santo.

El Padre Casto no apeló á anatemas ni maldiciones para atemorizar al atrevido mozo. No usó tampoco el peregrino medio de sacarle los enemigos del cuerpo. Sebastián no era sensible más que á una cosa. A la mirada de una moza del pueblo, de la cual estaba apasionado quizá sin saberlo él mismo. El Padre Casto sabía esto. Sabía además que el amor puede regenerar al hombre, y dijo á la muchacha:

—Teresa, ¿te casarías de buena gana con Sebastián?

—Señor, respondió la muchacha, hay dos inconvenientes.

—¿Y son?

—El primero, que Sebastián está condenado.

—¿Y el segundo?

—El segundo, que yo soy muy pobre.

—Pues mira, hija mía, para salvar á Sebastián de su condenación, bastará que le digas que le quieres.

—¿De veras, señor?

—De veras; pero le has de poner una condición para quererle.

—¿Cuál?

—Que vuelva los ojos á Dios.

—¡Sí lo haré, señor.

—Y en seguida que le hayas llevado á la iglesia, yo me encargo de tu dote.

Teresa se marchó loca de alegría.

El Padre Casto mumuraba:

—¡Qué importa que para dotar á esa pobre muchacha me desprenda yo de mi renta de medio año, si creo una familia y salvo á un hombre!

Y así sucedió, en efecto.

Si cualquiera persona que no hubiera sido Teresa le hubiera propuesto á Sebastián entrar en la iglesia, de fijo que el *condenado* hubiera respondido con un insulto ó con un garrotazo; pero una palabra de Teresa bastó para convertirle.

La receta del Padre Casto produjo resultados excelentes; el amor salvó á un condenado.

—

Una de las cosas que más chocaban en el pueblo era que el Padre Casto no tenía ama.

—¡Un cura sin *casera*! (1) decía el alcalde sorprendido. ¡Parece imposible!

—

Pocas horas antes de partir del lado de mi amigo, quise hablarle de política, pero á las pocas palabras me convencí de que era inútil.

—¡No se parece usted, le dije, á nuestros Sánchez, Aguayos y Medinas!

—¿Quiénes son esos señores? me preguntó con cierta curiosidad infantil.

—¿No los conoce usted? pregunté yo asombrado.

—No, y lo siento.

—Son sacerdotes muy conocidos en nuestros partidos políticos. ¿Los conoce usted ahora?

—No; y me alegro.

—¿De modo que usted no pertenece á ningún partido?

—Sí; creo que podría afiliarme á uno para prestar en él mis escasos servicios.

(1) En Aragón dan este nombre á las amas de los curas.

—¿Y qué partido es ese, amigo mío?
—El de los pobres.

—

No mentía el Padre Casto. Los pobres eran sus amigos, sus hermanos, sus hijos. Cuando volví á verle, dos años después, le encontré en una ciudad de provincia. Había ascendido, según pude comprender, pero su aspecto era más humilde que en la aldea. Recibía su sueldo, tarde generalmente, y apenas llegaba el dinero á sus manos, faltábale tiempo para hacer las particiones. Tanto, para los pobres de la calle. Tanto, para los pobres de las guardillas. Tanto, para los obreros que carecían de trabajo. Tanto, para los presos. Hacia los presos tenía cierta predilección. Cada seis meses compraba paño burdo, y ocupaba á cuatro ó seis costureras de las más pobres en hacer chaquetas y pantalones para los desgraciados de la cárcel. Recuerdo que un día en que le encontré muy ocupado en dar prisa á las mujeres que cosían, le dije con cierta intención:

—Padre Casto, lleva usted la sotana bastante rota.

—Sí; pero no estoy preso, me contestó en seguida.

—

A pesar de que el Padre Casto no comunicaba á nadie las limosnas que hacía, y procuraba

ejercer la caridad con el mayor secreto posible, la fama de caritativo de que gozaba llegó á oídos del arzobispo de la diócesis. No faltó sacerdote *amigo* del Padre Casto y envidioso de su fama, que le delatara como demasiado *popular*, lo cual no dejó de incomodar á su excelencia ilustrísima.

El Padre Casto se presentó ante el arzobispo.

—Me han dicho que es usted bastante caritativo, le dijo.

—Han engañado á vuecelencia ilustrísima, respondió el Padre Casto, el hombre nunca es bastante caritativo.

—¡Oh! sí, yo hago muchas limosnas.

—Pero no tienen valor, señor; perdonadme que os lo diga.

—¿Por qué?

—Porque las pregonáis demasiado.

El arzobispo le reprendió por descarado, y continuó preguntando:

—Cómo puede usted arreglarse para dar tanta limosna teniendo tan poco sueldo?

—Eso consiste en que me limito á pasar con lo necesario, y no gasto un céntimo en lo supérfluo.

¡Descansa en paz, reflejo del cielo, apóstol de la caridad, mártir de tu cáracter franco y generoso! ¡Dios te haya recibido en su seno!

FÍN DE LOS CURAS EN CAMISA

ÍNDICE



EN PRENSA

Tomo XXVII

Los curas en camisa.

Se vende este tomo en las principales librerías al precio de **3 pesetas** en Madrid; **3,50** en provincias, y **4** en el extranjero.

Los pedidos, acompañados de su importe, se dirigirán á la librería editorial de Leopoldo Martínez, Correo, 4, (Teléfono 791), Madrid.

